SUMARIO

ESTUDIOS

- **«Una pequeña rendija»: la fuerza de la vida en Centroamérica.** Rolando ALVARADO 189
- **Vida en la existencia de una mujer maltratada.** Ana GARCÍA-MINA FREIRE 201
- **Vida entre las víctimas del terrorismo:**
  - **1. Contra el olvido.** Cristina CUESTA 215
  - **2. Han asesinado a mi hermano.** Luis DÍAZ ARCOCHA 217
  - **3. ¿La vida entre la muerte y el absurdo?** Isaac DÍEZ DE LA IGLESIA 222
  - **4. ¿Acrecen las víctimas –también las anónimas– la convivencia?** Antonio BERISTAIN 228
- **Esperanza que perdura en la vida de cristianos amenazados.** Eduardo LÓPEZ AZPITARTE 233
- **Vida y muerte en Jesús de Nazaret.** Jon SOBRINO 247

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Refugiadas: la guerra cambió nuestra vida, pero no nuestro espíritu.** Fundación ENTRECULTURAS 257

RELIGIÓN, VIOLENCIA Y RECONCILIACIÓN

- **3. ¿Una nueva Guerra Fría?** Mariano AGUIRRE 261

LOS LIBROS

- **Recensiones** 269

Con el deseo de prestar un mejor servicio a los suscriptores de nuestras revistas, la Editorial Sal Terrae, a través de sus páginas Web (www.salterrae.es), ha puesto a disposición de quienes lo soliciten un apartado de HEMEROTECA. Es gratuito y no supone compromiso alguno de la Editorial con el suscriptor, ni viceversa. Para solicitar este servicio, basta con enviar un correo electrónico a salterrae@salterrae.es indicando el código de suscriptor y el deseo de acceder a la misma. Se les remitirá por el mismo medio su clave de acceso.

PRESENTACIÓN

A lo largo de la historia de la humanidad han sido muchas las personas que se han preguntado con inquietud por la relación que tienen la vida y la muerte en este mundo terrenal. Hombres y mujeres de todos los tiempos han formulado éstas y otras preguntas: *¿se puede creer en el hombre ante tantas situaciones de violencia?; ¿qué va a ser de la creación recibida, que cambia tanto su fisonomía debido a causas naturales y decisiones políticas?*

Los hombres y las mujeres del siglo XXI participan también de las preocupaciones y el desasosiego que sintieron sus predecesores. Perciben cómo la naturaleza ni está tan en manos de las personas, ni se les presenta tan favorable en infinidad de casos. Se dan cuenta, igualmente, de que las relaciones y las decisiones humanas, que pueden ser cauce de vida y de desarrollo, llevan con frecuencia a situaciones poco o nada humanas.

Parece acertado afirmar también que en nuestras sociedades modernas esta experiencia tan humana ha adquirido unos tintes más oscuros o negativos, ya que las preguntas o preocupaciones señaladas van acompañadas de un desencanto mayor. De ahí que en multitud de ocasiones los hombres y las mujeres de distinta procedencia perciban y subrayen con mayor facilidad los elementos de destrucción y muerte de dichas situaciones. Ocurre entonces que el innegable poder que tienen la destrucción y la muerte oscurecen, a veces de manera definitiva, la vida que pervive en todas ellas.

Por eso, y a pesar del enorme poder de destrucción de la muerte, no es quizá desacertado acercarse a algunas de dichas situaciones desde la óptica *vida/muerte,* ya que sólo una percepción de los elementos de vida y de muerte presentes en dichas situaciones puede hacer posible entender un poco mejor éstas y lo que es la existencia humana. Éste es, pues, el sentido del presente número de *Sal Terrae,* que ve su luz en los días previos a la celebración de la Pascua cristiana.

Hace unas semanas se cumplió el primer aniversario del terremoto que sufrió El Salvador. *Rolando Alvarado,* que ha trabajado *en primera línea* en este país tan asolado por las catástrofes (terremoto, ham-

bruna...) reflexiona en torno al sentido de la vida en medio de dicha situación y hace suya la frase de O. Wilde, *donde hay dolor hay un suelo sagrado.*

Ana García-Mina Freire muestra con reflexiones, testimonios y datos la realidad de destrucción que se da en muchas mujeres maltratadas por sus parejas. Junto a ello ofrece pistas sobre el difícil proceso de reconstrucción. El tema sigue siendo objeto de múltiples investigaciones, pues la muerte y la destrucción –así lo confirman los últimos datos, que indican que casi un 50% de las mujeres maltratadas prefieren volver junto a quien las maltrata antes que reconstruir su vida de otro modo– parece que están ganando la batalla a la vida.

Tres testimonios personales centran su atención en el tema de la vida que pervive entre las víctimas del terrorismo en España. *Cristina Cuesta* titula su testimonio «Contra el olvido» y subraya con fuerza y sufrimiento lo difícil que es asumir el dolor en primera persona. *Luis Díaz Arcocha*, que perdió a un hermano por la violencia terrorista, confiesa de modo admirable que su hermano está y vive en la Verdad. *Isaac Díez de la Iglesia*, que ha acompañado a muchas personas dañadas y golpeadas por el terrorismo, adentra al lector/a en el mundo del sentido para afirmar con sus propias palabras (*solidaridad en la redención*) aquello que repetía con tanta insistencia el llorado Ignacio Ellacuría, también él víctima del terror: que no sólo hay que encargarse de la realidad a través de una praxis de salvación, sino que hay que cargar con la realidad, con todo el peso destructor que ella posee. Un cuarto artículo acompaña a estos tres testimonios. Se trata del discurso pronunciado por *Antonio Beristain* en el momento de recoger el Premio a la Convivencia de la Fundación «Profesor Broseta» de Valencia.

La muerte amenaza también a los cristianos que quieren vivir en fidelidad su seguimiento a Jesucristo y a la Iglesia por él fundada. *Eduardo López Azpitarte* subraya cómo en los tiempos actuales se vive una situación en la Iglesia similar a la vivida en las primeras décadas del siglo pasado, y propone caminos y orientaciones para que los cristianos podamos vivir el binomio muerte-vida en clave de comunión y diálogo.

Jon Sobrino abre el tema del número a la vida y la realidad de Jesús de Nazaret. Con palabras y expresiones como *descentramiento, Jesús evangelizado por los pobres...* el teólogo salvadoreño nos presenta el modo en que Jesús no sólo dio su vida para que otros tengan vida, sino que también vivió y murió en favor de la vida.

ST 90 (2002) 189-200

ESTUDIOS

«Una pequeña rendija»
La fuerza de la vida en Centroamérica

Rolando ALVARADO, SJ*

> «El latido de la vida exige un intersticio, apenas el espacio que necesita un latido para seguir viviendo, y a través de él puede colarse la plenitud de un encuentro...»[1]

La cita que encabeza este artículo la leí en enero de este año, pocos días antes de cumplirse el primer aniversario del terremoto del 13 de enero en El Salvador. Me quedé con ella porque considero que recoge muy bien la experiencia de mucha gente que, moviéndose y padeciendo situaciones límite, no sabe explicarse muy bien cómo ni por qué logra salir adelante y soportar, sin hundirse ni deshacerse interiormente, esos crueles zarpazos de muerte. Y me viene muy bien para decir, de entrada, lo que significa, a mi modo de ver, la región de Centroamérica para la mayoría de quienes hemos nacido aquí, para quienes decidieron residir en ella buena parte de sus vidas o para quienes la visitan por temporadas o están vinculados a ella por diversos y nobles motivos.

Nada más y nada menos. Es un espacio no geográfico, sino existencial, en el que la vida se afirma, batalla en conflicto agónico contra la muerte y puja con fuerza desconcertante por lograr imponérsele, en medio de múltiples dificultades, errores y retrocesos. Es una rendija por la que el latido vital va dotando de dirección a las pequeñas o grandes decisiones que las personas vamos tomando, da sabor a los avatares y menesteres cotidianos, debilita o fortalece los

---

* Jesuita. Prepara la Tesis Doctoral en Teología. San Salvador.

1. Ernesto SÁBATO, *La Resistencia*, Barcelona 2000, p.22.

proyectos en que nos embarcamos, alimenta o niega –según los casos– los sueños individuales y colectivos; en fin, valida o cuestiona el sentido que, mal que bien, vamos recibiendo y otorgando a nuestras existencias.

Por supuesto que no es el único «intersticio», y ciertamente tampoco es en la actualidad el más atractivo para los medios masivos de información; pero, probablemente, ocurre en dicho ámbito lo que, sin negar particularidades y preocupaciones más inmediatas, sucede –de fondo– en muchos lugares del planeta: la encrucijada, la tensión apuntada en el evangelio de Juan: de lo que se trata es de «perder o ganar la vida...» (cf. Jn 3,15-16); lo que está en juego es el fracaso o el triunfo de la humanidad, el ocaso o la aurora de la vida.

1. «Un lugar en el mundo...»

Aún recuerdo la sensación que suscitó en un amigo y en mí, cuando la vimos, esa espléndida película de producción hispano-argentina. Quedamos gratamente conmovidos e inesperadamente desafiados. Coincidimos en que su intención central era evocar en los espectadores la necesidad que toda persona tiene de suelo, de morada, de raíz, para desde allí convencerle de que vale la pena lanzarse a la búsqueda de y a la implicación en ese sitio que aguarda a cada cual. Aquí radica, probablemente, la dureza del exilio y el destierro forzado por el hambre o por la persecución política. En lo que ya no coincidí con mi compañero –como, por otra parte, es natural– fue en cuál, en concreto, era ese sitio para cada uno, por lo que hicimos el ejercicio de describirlo, de mostrárnoslo.

En ese entonces intenté pintarle el rostro de Centroamérica con unos cuantos rasgos que me parecían los más llamativos y decisivos para comprender a su gente y, sobre todo, para meterse en su piel. Es una región pequeña que cabe entera al menos unas tres veces en España, con una geografía prodigiosa, que sólo tiene dos estaciones –invierno y verano– diferenciadas por las lluvias y no tanto por la temperatura, de verdor casi permanente todo el año, de una riqueza natural que hacía –y hace– difícil explicar por qué forman parte de ella dos de los países más pobres de América Latina –y del mundo– (Honduras y Nicaragua), máxime cuando se contrasta esa dotación natural con su relativamente pequeña población; pueblos en su

mayoría mestizos, pero con importantes núcleos afroamericanos e indígenas de origen maya, kuna o gnóbe, que durante los años setenta y ochenta vivieron unas convulsiones políticas tremendas, al punto de llegar a cruentas guerras civiles e incluso formar parte del maquiavélico ajedrez de la guerra fría; gente sumamente religiosa –cristiana católica en su inmensa mayoría– y, sobre todo, cordial, cariñosa y tercamente empeñada en hacer realidad sus sueños de una vida distinta y mejor.

Si hoy tuviera que hacer el mismo ejercicio con mi amigo, le diría que para comprender a nuestra gente habría que cambiar de actitud, realizar una especie de giro en el orden de la «inculturación», pues pienso que ya no se trata tanto de meterse en la piel de estos pueblos para entender y apoyar sus afanes y sus preocupaciones cuanto, ante todo, de dejar que esas preocupaciones y esos afanes afecten a la propia piel, que uno pierda el temor a exponerse a que los avatares, los padecimientos y las alegrías cotidianas de estos pueblos incidan de tal forma y con tal hondura en uno que la comprensión y el compromiso con ellos broten por sí mismos con naturalidad y con firmeza. ¿Por qué? Sencillamente, porque la situación se ha tornado más compleja, más complicada y más dura, al punto de que, por poner un pequeño ejemplo, una reciente encuesta mostró –según me comentó un compañero jesuita nada propenso a la exageración– que «la mayoría de la juventud en Nicaragua (que, a su vez, es la mayoría de la población), más que querer a su país, lo que quieren es irse del país».

2. «La verdadera vida está ausente...»

Ignoro qué terrible fondo, qué abismos habrá palpado el gran poeta Rimbaud para llegar a formular tan desolado –y quizá certero– verso. No lo sé, pero algo de la experiencia que puede subyacer en él podría ser análogo a la inmediata impresión que provoca en uno la actual situación centroamericana.

Lo pensé así el pasado 13 de enero, cuando, por la noche, recorríamos en procesión ecuménica las principales calles del pueblo de Jayaque, un municipio de gente campesina salvadoreña cuya mayoría perdió sus viviendas por los seísmos del pasado año. En dicha procesión hacíamos diversas paradas para reflexionar y meditar. En varias de ellas se exponían los recovecos de la muerte, un tenebroso listado cuyo preciso conocimiento evidenciaba que nuestra gente

es sencilla y, en general, analfabeta, pero tiene muy claro que lo suyo, día a día, es sobrevivir.

Supervivencia que les une, que les iguala y que cada vez más se les dificulta. Ante todo, porque la «madre naturaleza» se ha empeñado en los últimos años en protestar por el descuido y la desatención en los planes de desarrollo económico y de urbanización, o, en el peor de los casos, por la depredación a que está siendo sometida. Se recordó el huracán del 98, que asoló Honduras y Nicaragua y que provocó mucho daño también en Guatemala y en El Salvador; se expusieron sintéticamente las consecuencias económicas, sociales y habitacionales de los dos terremotos del año pasado en El Salvador; y se alertó ante la sequía –con la consecuente hambruna– que en la actualidad acecha a varios lugares de la región. Todas ellas tragedias «naturales» que, aun aceptando que no fuesen provocadas por mano humana, cuando menos dicha mano hace poco por prevenirlas y por paliar con responsabilidad sus consecuencias.

Y porque su «agitada historia», como personas, como comunidades y como pueblos, parecería estar preñada –o al menos amenazada– de cierta maldición. Se han alcanzado buenos índices macroeconómicos a costa de un aumento de la pobreza y mayor concentración de la riqueza; el desempleo crece imparablemente, haciendo agónica la situación de centenares de familias que ya estaban sumergidas en la miseria, y peligrosa para muchas familias de las clases medias, que constatan con impotencia cómo van engrosando las filas de los desposeídos; el crimen organizado se extiende y hace de la región un corredor de drogas y un fácil rincón para el lavado de su dinero mal habido; los secuestros, sobre todo, en los tres países del norte, están a la orden del día; no poca de nuestra juventud carece de oportunidades para capacitarse profesionalmente, aspira a emigrar cuanto antes, o bien cae en las redes de la prostitución, de las «maras» o pandillas, que se distinguen por la violencia y la delincuencia; sin olvidar el descrédito de la clase política, a la que, con honrosas y contadas excepciones, se considera, o bien inepta, o bien corrupta.

No es mi intención «cargar las tintas». Sí lo es mostrar la clara conciencia que teníamos, en mi opinión, quienes participamos esa noche en la procesión, de las sombras y demonios que anidan en la supervivencia. Escenario vital de la mayoría de la población centroamericana. ¿Y qué pasa con la minoría? Me hice la pregunta en ese momento –tal como me la vengo haciendo los últimos años–.

Antes quizá se insistía en que esa minoría era la responsable directa de la injusta situación de la mayoría, que eran «ricos» o al menos tenían garantizada la vida «a costa de» tantos miserables. Hoy, sin eximirla del todo de esa responsabilidad, en virtud de la actual dinámica de la globalización neoliberal quizá sea más acertado sostener que dicha minoría –en general– asegura su bienestar con la «connivencia de», «al margen» o, cuando menos, con «indiferencia» respecto del malestar de la mayoría. Pienso que, si la mayoría sobrevive, la minoría tan sólo perdura; si aquélla está inmersa en la «infrahumanidad», ésta se halla encarcelada en la «inhumanidad», de modo que para ambas la «deshumanización» es la gran amenaza, el fundamental dilema, que en ambas se aplica –de distinta forma y con diversa gravedad– el inquietante verso de Rimbaud, y que el panorama apunta a que «la verdadera vida», ésa que todos aspiramos alcanzar y disfrutar, parecería estar lamentablemente ausente.

3. «El único sueño que vale la pena tener... es que vivirás mientras estés vivo...»

Pese a lo expuesto anteriormente, y a riesgo de ser tomado por optimista o por iluso, considero que la ausencia de la «vida verdadera» en Centroamérica no es total, ni es irreversible, ni es lo que mejor y con mayor profundidad define la situación de la región.

No es total ni completa, porque el deseo de vivir, y de vivir en libertad y con dignidad, es lo que explica la ausencia de resignación de la gente ante las catástrofes naturales, ante las injusticias históricas, ante los dramas familiares y los padecimientos personales. Tras el desconcierto que provocó el triunfo del capitalismo y el fracaso de las revoluciones de izquierda, la población ha venido haciendo sentir su determinación de que los procesos democráticos alcanzados con sudor y sangre, aunque frágiles, no serán fácilmente llevados por los derroteros más convenientes para quienes no tienen interés alguno en que la gente se organice, proteste, participe... Cada vez adquieren más fuerzas las múltiples voces en favor de la institucionalidad democrática, del respeto de los derechos humanos, del enfrentamiento y erradicación de la corrupción y la impunidad.

Tras el primer impacto provocado por el huracán del 98, o bien por los seísmos del 2001, brotó una generosidad increíble para auxi-

liar a los damnificados y colaborar en las tareas de reconstrucción. Difícilmente podría olvidarse a una maestra salvadoreña algo mayor que, pese a haberse lastimado una de sus piernas y tener su vivienda prácticamente caída, contactó de inmediato con otras y otros colegas y, con su ayuda, elaboró unos censos completos de las familias afectadas en las aldeas de alrededor de su casa y organizó la entrega de víveres, ropa y medicinas, en el patio de su propio hogar; o al agente de pastoral salvadoreño que, teniendo su casa toda derruida, nunca insinuó ser incluido en la lista de beneficiarios; por el contrario, fue el que más insistió en que había que dar prioridad a «personas mayores o discapacitadas, madres solteras, familias con muchos niños y con padres desempleados, gente que no tenía familiares residentes en el exterior del país, etc.», a sabiendas de que todo eso o le ponía a él –y a los suyos– al final de la lista o le excluiría, y que la «manta no daría para mucho» como para pensar que podría incorporársele en una segunda lista.

Son esas actitudes, esos hechos, los que alimentan el convencimiento de que la «cultura de muerte», tantas veces denunciada y criticada por Juan Pablo II, no tiene –y confiamos en que no tendrá– la última palabra en estos lares. Hay que reconocer cierta apatía o falta de compromiso político partidario en un alto porcentaje de la población; pero ello no significa que haya pasividad en las tareas de desarrollo comunitario, de defensa de la perspectiva de género, de trabajo con la juventud en situación de riesgo, etc.; y no se puede negar cierto espíritu de desencanto que circula y se respira en el ambiente, lo cual tampoco asfixia ni impide los múltiples gestos y proyectos que luchan contra el individualismo y la desesperanza que introyectan el «sálvese quien pueda» y el «a costa de lo que sea». Si, hace unas décadas, ese sentido de ciudadanía, de indignación ética y de solidaridad comunitaria era cultivado y encauzado sobre todo por movimientos y proyectos de corte político e ideológico, desde hace unos años para acá lo está siendo por organismos de base, por asociaciones locales y comunales, por grupos de profesionales, por iglesias, etc.

Cuando uno participa en la vida de la gente y, con sumo respeto, se involucra en su bregar cotidiano, padeciendo y gozando dentro de ella como «uno de tantos», llega a comprender que ni la extendida violencia social, ni la creciente pobreza, ni la corrupción política, ni la plaga de la desintegración familiar, ni el secular machismo, ni la expansión de la depresión psicológica, ni ninguno

de todos esos espantosos brazos del poder de la muerte es lo que mejor y con mayor profundidad define a estos pueblos, sino que es la fuerza de la vida la que les sostiene y les mantiene en pie. Podría aceptarse que la muerte tiene más «poder» porque domina más –al menos vistosamente– el paisaje, o porque quizá no hay corazón personal o familiar o comunitario o social que no sea embestido, atacado y en ocasiones doblegado por dicho poder. Pero es el latido de la vida lo que tiene más «fuerza». Es el aliento vital lo que impide a estos pueblos dejar de caminar y batallar portando como bandera la dignidad de ser, y teniendo como escudo la capacidad de soñar. ¿Qué sueñan? Quizá valga como respuesta lo que escribió Arundhati Roy con ocasión del «júbilo gubernamental y nacional» por el hecho de que la India contaba ya entre sus «haberes» con la posesión de la bomba nuclear: «el único sueño que vale la pena tener, le dije, es que vivirás mientras estés vivo, y morirás sólo cuando estés muerto»[2].

4. «Donde hay dolor, hay un suelo sagrado...»

Quien haya leído alguna vez el *De profundis* de Oscar Wilde se habrá topado con tan contundente afirmación. Quien con espíritu limpio, es decir, al mismo tiempo crítico y honesto, se pregunte cómo es posible que estos pueblos aún crean en Dios o, al menos, refieran a ese Dios todo cuanto les sucede personal, familiar, social y aun ecológicamente, podrá darse diversas respuestas: desde la de que poseen una religiosidad que no ha pasado por el tribunal de la Ilustración, hasta la de que es tan grave y apremiante su deseo de salvación que no les queda más remedio que recurrir a ese ser sobrenatural y generoso que tarde o temprano acudirá en su auxilio. Caben múltiples respuestas, no hay duda de ello; pero en lo personal me apunto a que, ante ese desconcertante hecho –la puesta en relación espontánea y valiente que realiza esta gente entre Dios y su dolor– uno se topa con la densidad de verdad que anida en aquella frase de Job: «Hasta ahora, sólo de oídas te conocía, pero ahora te veo con mis propios ojos» (42,3).

Es la experiencia masiva, plural, intensa y cotidiana del dolor lo que «pone a prueba» la fe de esta gente, más que cualquier preten-

2. Arundhati Roy, «El final de la imaginación», en *El País* (España), 02.08.98, p.3.

dida demostración científica o lúcida especulación filosófica o el afán de libertad o la sospecha psicológica. Una prueba que le pone ante una decisiva encrucijada: basar la vida en una credulidad milagrera y ritualista o apoyarla en una fe profunda, firme y comprometedora. Son pueblos que quizá no creen «a pesar» del dolor, sino «a través» de él, de modo que alcanzan a «superarlo», a ir más allá de él, aceptando cuanto no pueden cambiar y luchando por extirpar lo que sí es posible, negándole en cualquier caso al sufrimiento ser el centro de su corazón y el alimento de sus vidas. A este punto me interesaba llegar. Seguramente hemos leído o escuchado aquella hermosa paráfrasis que hizo de la primera parte de una frase de san Ireneo, «La gloria de Dios es el hombre vivo», el obispo mártir Monseñor Romero: «La gloria de Dios es el pobre que vive»; pues bien, mi creciente convencimiento es que los pueblos pobres de Centroamérica, con su fe y su modo de creer, confirman y «parafrasean in actu» la segunda parte de la expresión de Ireneo, «la vida del hombre es ver a Dios», por algo así: «el pobre encuentra su vida en ver a Dios».

Desde finales de los años sesenta, desde que se intenta poner en «relación trascendental»[3] a Dios con los pobres, se viene insistiendo en que por estos lares la experiencia básica de Dios que tiene la gente que sufre es que es un Dios que «ama todo lo que tiene vida» (Sab 11,26), en quien «está la fuente de la vida» (Ps 36,9), y por eso es a ese Dios al que adora, al que agradece, al que interpela, al que busca con el mismo reconocimiento humilde y gozoso del salmista: «Tengo sed de Dios, del Dios de la vida» (Ps 42,2). Si más arriba sostuve que para estos pueblos –más vivido que puesto en palabras– la «fuerza de la vida» es más profunda y definitiva que el «poder de la muerte», aquí habría que explicitar lo que, a mi modo de ver, opera como razón última de esa convicción firme y paradójica: que para esta gente, Dios es «el aliento de la vida» (Sab 15,11).

Así se explicarían –o al menos así me lo explico yo a mí mismo– dos cosas que me han llamando la atención a mí –y a otros con quienes lo he dialogado– en estos dos últimos años de trabajo pastoral. En primer lugar, una imagen y vivencia cristológica de fuerte y creciente resonancia en la fe de estos pueblos, aquella que

3. La frase es de Jon SOBRINO. Véase «La teología de la liberación en América Latina (relación esencial entre teología y pobres)», en *La teología de la liberación en América Latina, África y Asia*, Madrid 1998, pp.7-62.

el evangelio de Juan pone en labios de Jesús: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35). Como decía anteriormente, más vivido que reflexionado, para esta gente sencilla y sufriente lo de Jesús tiene que ver, ante todo, con lograr poner el pan en su mesa. Ellos no disocian con la facilidad con que podemos hacerlo otros que la acción salvadora de Jesucristo está vinculada a que tengan trabajo, comida, techo, a que estén sanos física y emocionalmente, a que puedan educarse; en fin, a que la materialidad de la vida pueda cubrirse, y cubrirse dignamente. Todos éstos son motivos de acción de gracias y de súplica en sus oraciones y en las celebraciones litúrgicas.

Sin embargo –y aquí entramos en un segundo nivel de la vivencia– no se trata sólo de que lo de Jesús y lo de Dios tenga que ver con el «pan» de cada día, sino de que la persona de Jesucristo es su «Pan», con mayúscula; que en Él encuentran lo que su corazón anhela, lo que requiere su vida para poder afrontarla y construirla con ilusión y ánimo. Intuyen y saben que, a la hora de la verdad, sólo Jesucristo no les falla. Él hace de asidero para las actitudes que necesitan para llevar una vida decente y fraterna, y es la fuente de los valores básicos para convivir con los demás y no ceder al envilecimiento a que empuja con demasiada frecuencia el tener que sobrevivir. El inicio del discurso de Mateo 10,1-4 recoge esa vivencia, tanto por la personalización de la llamada (cada uno es llamado por su nombre y se le encomienda una parcela de la misión de todos...: aquí se sitúa, en mi modesta opinión, la razón de fondo de la facilidad y la prontitud con que se implican muchas personas en los diversos ministerios eclesiales y en tareas parroquiales) como por la concreción de la salvación: «expulsar espíritus impuros y curar toda clase de enfermedades»... Cierto es que en ese mundo de «exorcismos» y de «sanaciones», que tanto ha proliferado últimamente en su fe y en su religiosidad, hace falta una «nueva evangelización»; pero lo que aquí deseo destacar es que para esta gente Jesucristo no sólo tiene que ver con la materialidad de su vida, sino que Él hace de centro de la misma, por lo que no pueden ocupar dicho centro otras presencias o dolencias que aprisionen o disminuyan o mutilen lo que para ellos significa «vivir». Es interesante el que muchos jóvenes que han logrado salir del mundo de la droga, de la delincuencia, etc., digan que ha sido su fe en Jesucristo lo que les ha ayudado y sostenido en esa lucha; mi sospecha –y propuesta– es que así dan carne al hecho de que Jesucristo es el verdadero «Pan» de sus vidas o, por decirlo de otra manera, que Él es el cami-

no verdadero y firme que han encontrado y onerosamente recorrido para ir tras la «vida verdadera» (Jn 14,6).

Lo de Jesús no sólo hace de alimento a su empeño por la vida, sino que, además, les lleva a darle a esa vida un espacio de celebración religiosa y litúrgica. Ante todo eucarística, pero también procesiones, peregrinaciones, jornadas de oración, celebración de los sacramentos y de los así llamados «sacramentales», etc. De nuevo, quizá es cierto que mucha de toda esta actividad religiosa requiere una «nueva evangelización» –diría que, en general, ya se está haciendo en diversos lugares–, pero lo que interesa resaltar en este momento es que lo de Jesucristo hace realmente de «Pan», es decir, está implicado en lo que básicamente se requiere para vivir dignamente, es el centro armonizador de sus vidas.

5. «...la vida del mundo... es nuestra misión...»

En su obra *Antes del fin*[4], en un maravilloso epílogo dirigido sobre todo a la juventud, tiene Ernesto Sábato esta frase con que podríamos cerrar las reflexiones que hemos venido haciendo, porque sintetiza y expresa la segunda cosa que, según dije más arriba, nos llama a muchos la atención sobre el nexo y el peso que posee para la mayoría de la población centroamericana «lo de Dios y el latido de la vida».

Se trata del significado que va adquiriendo para esta gente la «vida en el Espíritu». En Centroamérica no se es ajeno a la importancia creciente de la espiritualidad y de lo contemplativo. Me atrevería a afirmar que lo doctrinal, lo moral, lo institucional, lo litúrgico, etc., si se quiere que conserven sentido y no pasen a un segundo plano práctico, habría que vincularlos más y mejor a la esfera mística de la fe y del seguimiento de Jesucristo. Es impresionante cómo proliferan los movimientos carismáticos y pentecostales en la región y cómo incluso, dentro de diversos movimientos eclesiales, cada vez se valoran más los así llamados «dones» del Espíritu (el hablar en lenguas, a la cabeza de todos...). Pero lo más llamativo es que en la vivencia de esa «vida en El Espíritu» se encuentra –y se formula– como punto central que «se vive por el Espíritu» (Rom 5,17.20.21); que la «vida» es un regalo de Dios; que la capacidad de soportarla y de sostener la esperanza en medio de los fracasos y los

4. Ernesto SÁBATO, *Antes del fin*, Barcelona 1999, p.180.

padecimientos que muchas veces les supone es fruto de la acción del Espíritu en ellos y en medio de ellos (Gal 5,25); que es la defensa de esa vida la utópica tarea, el mandato divino.

No cualquier Espíritu, por supuesto. Es el Espíritu que habita sus vidas impidiendo la sensación de vacío que de continuo les amenaza. La percepción de su presencia en todo cuanto padecen y hacen les hace sentirse acompañados en su lucha por la vida, que no caminan solos en ese afán por seguir viviendo (Jn 16,7); el Espíritu que les conduce y les mantiene en la verdad de la vida (Jn 15,26)... ¿Qué verdad?... La de que la vida misma está en peligro, el planeta, la humanidad, los pueblos, los ricos y los pobres, los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los varones, los niños y los adultos; es ese peligro de extinción el que habría que reconocer para poder abrirnos a redención –redención que pasa por asumir el dolor del otro como el propio dolor y así llevarse mutuamente, en respaldo mutuo cercano y generoso–, la verdad de que para romper el círculo infernal de la infrahumanidad en que se ahoga la mayoría, y de la inhumanidad en que deambula engañada la minoría, habría que reconocer como cierto que para obtener salvación verdadera hay que volverse a Dios y a su Reinado de vida, de que para poder «vivir», y no tan sólo sobrevivir y perdurar, hay que «vivir para Dios» (Gal 2,19); el Espíritu que defiende la vida contra la muerte y que les hace de escudo protector ante los golpes que les pega el antirreino (Jn 15,26; Jn 16,7), que les da la fortaleza y el coraje necesarios para seguir luchando en favor de la dignidad y la justicia, que les impide darse por vencidos y arrojar la toalla; el Espíritu que impide que el mar de abatimientos se convierta en tristeza, que conserva –pese a todo– el gozo en sus corazones y la alegría por vivir (Jn 16,20.24).

* * *

De esta manera es escenario, hendidura, «intersticio» del «latido de la vida» la región de Centroamérica y su gente. Tal como afirmé al inicio, no es el único ni quizá el que pueda resultar más interesante para algunas personas. Para otras muchas ha sido –y es– el pequeño espacio en el que nos ha tocado en suerte sumarnos a la opción por la vida y en el que hemos ido aprendiendo a recibirla, agradecerla, padecerla, cuidarla y soñarla. Ojalá que haya logrado poner en palabras la compartida sensación de que, aunque pequeña, es una rendija vital que cautiva y desata el corazón.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

La Biblia sigue siendo hoy una de las obras más leídas y traducidas en todo el mundo. Pero ¿la conocemos de veras? Dadas sus dimensiones y su carácter de monumento cultural, ¿no tiene el peligro de «espantar» al lector? ¿Cómo no perderse en ese dédalo de textos en que lo religioso va de la mano con lo no religioso, en que el relato se confunde con la plegaria, en que se mezclan desde patriarcas, profetas y reyes... hasta Jesús y sus discípulos? En dos volúmenes que abarcan el conjunto de la Biblia cristiana y articulan el Antiguo Testamento con el estudio de Jesús y del Nuevo Testamento, he aquí un original itinerario que muestra hasta qué punto la obra bíblica obedece a una profunda coherencia teológica.

En un momento en que son tantos los que se interesan por la Biblia y su historia, incluso fuera de los círculos religiosos, en que los creyentes la leen o la releen, en que la curiosidad espiritual se expresa sin rodeos, *La Biblia y su cultura* constituye un verdadero instrumento de referencia para descubrir de otro modo los textos bíblicos.

1.184 páginas / 40 documentos en color / Referencias temáticas / Mapas e índices **P.V.P. (IVA incl.): 85,00 €**

ST 90 (2002) 201-212

Vida en la existencia de una mujer maltratada

Ana García-Mina Freire*

Una de cada tres mujeres en el mundo sufre malos tratos por parte de un varón de su entorno más próximo. En Europa, se calcula que una de cada cinco mujeres es víctima de esta violencia; en el Estado Español existe una media de 18.000 denuncias por malos tratos físicos y psíquicos contra las mujeres[1]. Cada seis días muere una mujer a causa de la violencia de género en el mundo[2]

La violencia contra las mujeres no tiene fronteras; se da en todos los grupos étnicos, en todas las edades, clases sociales, religiones... Cualquier mujer, por el hecho de serlo, puede ser blanco de una violencia cruel, sangrante y devastadora.

Nos encontramos ante una de las principales lacras de nuestra sociedad. Es cierto que nos despedimos del siglo XX teniendo una mayor concienciación de esta problemática. Sin embargo, cada día que una mujer sufre esta experiencia, estamos fracasando como sociedad, ya que éste, como cualquier otro tipo de maltrato, expresa una relación basada en el abuso de poder y en un sistema de desigualdad.

La violencia contra las mujeres no está determinada por el código genético. Constituye una enfermedad de «transmisión social»[3]. Reflexionar sobre ésta, nos exige ahondar sobre los factores culturales, sociales e individuales que entretejen esta realidad. Aunque los medios de comunicación nos acerquen a la angustia e indefensión del sentir de muchas mujeres maltratadas, nos faltan con fre-

---

* Doctora en Psicología. Profesora de Psicología en la Universidad Pontificia Comillas. Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.*

1. Villavicencio, P., «Violencia y maltrato: aspectos psicológicos», en (C. Bernis, R. López, C. Prado y J. Sebastián [eds.]) *Salud y Género*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 2001.
2. Informe sobre el estado de la Población Mundial realizado por la ONU, 2000.
3. Pastor, R., «Reflexiones sobre la violencia de Género: aspectos psico-sociales»: *Informació Psicológica* 75 (2001), pp. 5-8.

cuencia elementos para poder comprender sus causas e historia y saberles ofrecer recursos y ayuda (de ahí este artículo). Mi objetivo es aportar claves de comprensión que nos ayuden a situarnos ante esta problemática.

Romper el silencio

«No he hablado de esto con nadie... Lo siento, pero, cuando pienso en lo que me pasa, no puedo dejar de llorar. No sé que le ocurre a mi marido; de novios, no era así. Bueno, era un poco celosillo, me controlaba la ropa que me ponía, cómo iba pintada, con qué amigas salía..., pero yo lo interpretaba como una señal de lo mucho que me quería. De casados, estos comportamientos se fueron acentuando. Se metía en todas mis cosas, controlaba y administraba el dinero que ganaba; se enfadaba si iba a casa de mis padres, ¡y qué decir si quedaba con mis amigas!: me decía que la casa estaba abandonada, que no le dedicaba atención, que ahora mi familia era él, y que ya no era una niña para estar todo el día fuera de casa, que él me necesitaba, que me quería tanto que no podía vivir sin mí... Cuando le escuchaba decir esto, ¡qué tonta!, yo me lo creía, me sentía feliz: mi marido me necesitaba, me quería... Y entonces cedía. Poco a poco, dejé de ver a mis amigas, apenas visitaba a mis padres, salía de trabajar y me iba a casa corriendo para tenerlo todo preparado... Pero daba igual. Por cualquier cosa, él se ponía de los nervios, me insultaba, se reía y ridiculizaba mis opiniones, me comparaba con otras mujeres e incluso me amenazó varias veces con que se iría con otras, porque yo no le dejaba satisfecho... Aunque todavía fue peor cuando empezó a romper platos, vasos, jarrones... y, sobre todo, aquello que más valor tenía para mí. Comenzó a amenazarme con el cuchillo, a pegarme... No sé cómo he podido soportar tanto, pero, como no siempre era así..., cuando él descargaba toda su ira y me veía llorar, él me prometía que no lo volvería hacer, me decía que es que yo le sacaba de sus casillas, que él me quería, que se controlaría. Yo pensaba que mi amor le cambiaría, que quizás él tenía razón y yo no era lo suficientemente buena esposa. Sin embargo, las cosas no mejoraban. Cada vez era más violento, y yo... yo me sentía morir. Me sentía paralizada, impotente, muy asustada. No sabía qué hacer, adónde ir. Estaba tan desconectada de mis amigas, y de mi familia... No sabía cómo se lo

tomarían; además, me sentía y me siento tan avergonzada..., me da vergüenza mirarte a la cara..., no sé lo que pensarás... no sé si opinas como mi marido y crees que algo he debido de hacerle para provocarle; o quizá crees que mi lugar como buena esposa es estar a su lado; o, como a menudo me reprocho yo, piensas que qué poca cosa soy si me dejo maltratar de esa forma...»

Las aristas del maltrato

La Declaración de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer considera que la violencia contra las mujeres es «todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para las mujeres, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se produce en la vida pública como en la privada».

Como se señala en la definición propuesta por Naciones Unidas[4], el maltrato contra las mujeres puede ejercerse de muy diferentes maneras: visible y tangible, como el maltrato físico y/o sexual, o encubierto y manipulador, como es el maltrato psíquico.

El *maltrato físico* es la forma más evidente de agresión. Incluye cualquier conducta que integre el uso intencional de la fuerza contra el cuerpo de la otra persona, y puede implicar empujones, puñetazos, palizas, patadas, mordeduras, quemaduras, cortes, intentos de estrangulamiento, privación de cuidados médicos en una enfermedad o a raíz de las lesiones físicas del maltrato...

Se considera *maltrato sexual* cualquier actividad sexual impuesta a la mujer contra su voluntad. Entre ellas, podemos destacar la violación dentro del matrimonio, cuyo porcentaje entre la población general oscila entre un 6 y un 14%, y entre las mujeres maltratadas entre un 32 y un 59%[5].

Cuando escuchamos la palabra «maltrato», solemos asociarla con estos tipos de violencia, olvidándonos del más frecuente y corrosivo, el maltrato psicológico.

---

4. Artículo 1 de la «Declaración sobre la eliminación de la Violencia contra la Mujer de las Naciones Unidas», 1994.
5. VILLAVICENCIO, P. y SEBASTIÁN, J., *Violencia Doméstica: su impacto en la salud física y mental de las mujeres,* Instituto de la Mujer, Madrid 1999.

El objetivo del *maltrato psicológico* es obtener el control absoluto de la víctima. Esta violencia se ejerce a través de miradas, gestos, gritos... Se consideran maltrato psicológico las amenazas e intimidaciones, las humillaciones y descalificaciones, los insultos y abusos verbales, romper y golpear objetos, los desprecios, el abandono y el aislamiento emocional... Este tipo de maltrato se ha equiparado con la tortura vivida por los secuestrados y los prisioneros de guerra, y suele estar muy presente en la violencia doméstica. Un ejemplo de este maltrato lo tenemos en la historia vivida por ese rostro anónimo que se atreve a romper su silencio y a compartir su vergüenza y terror.

Son muy diversos los ámbitos en los que puede maltratarse a una mujer: en el lugar de trabajo, en la familia, en la escuela, en la comunidad, en los medios de comunicación, en los conflictos armados... Dependiendo de dónde tenga lugar y quién sea el agresor (la pareja, un compañero, un amigo, un familiar, un vecino, un extraño...), cobra un significado y tiene una repercusión en sus vidas.

Una problemática incomprendida

Para muchas personas resulta inexplicable por qué una mujer se calla y aguanta durante tanto tiempo el maltrato, por qué disculpa al agresor, por qué no se separa, o por qué vuelve después de decidir romper con la relación.

Comprender esta problemática no es fácil. Exige escucha; exige conocer las secuelas que el maltrato tiene en la salud psíquica y física de las mujeres; exige tiempo e interés para saber cómo se genera y se mantiene; exige una implicación y un cuestionamiento personal y social que no siempre estamos dispuestos a hacer.

Son muchos los prejuicios y mitos que hay en torno a este tipo de violencia. Éstos tienden a culpabilizar a las mujeres y a justificar a los agresores. Comentarios como «algo habrá hecho...», «si sigue ahí, es que no será para tanto...», «¡bah!, en el fondo les gusta...», «será masoquista...», etc., son ejemplos de un discurso sociocultural que encubre y falsea esta grave problemática social.

Las mujeres que sufren maltrato, y en particular las que son agredidas por sus parejas, *son las únicas víctimas de la violencia que no son consideradas inocentes, sino cómplices, consentidoras*

o responsables de la violencia que sufren[6]. Por ello, quiero dedicar el resto del artículo a profundizar sobre el maltrato que muchas mujeres viven en la intimidad de su pareja.

El proceso de maltrato en la pareja

Nuestra vecina, nuestra amiga, la compañera de trabajo, ese rostro triste pero perfectamente maquillado de la mujer del autobús... mujeres anónimas, mujeres conocidas..., la violencia doméstica es una experiencia vivida «de puertas adentro». Se oculta, se minimiza, se justifica, se niega, pero todo ello no logra erradicarla. Es un proceso corrosivo, en el que el maltrato tiende a ir en aumento, pudiendo llegar a causar la muerte, bien por homicidio o por suicidio. La violencia doméstica supone la causa más frecuente de lesiones en la mujer, más incluso que en el caso de los accidentes de coche, de los robos y de las violaciones[7].

El maltrato en la pareja suele desarrollarse de forma cíclica; ello hace que éste sea más difícil de reconocer por las mujeres que lo sufren y sea uno de los factores que contribuyen a que éstas permanezcan en esta situación, provocándoles graves secuelas en todas las áreas de su vida. Es importante que tengamos en cuenta que al principio, como en toda relación de pareja, reinan los buenos modos, y el maltratador presenta su rostro más amable. En la mayoría de los casos no se les ve venir. Son personas con educación, atentas, e incluso admiradas en su profesión y entorno relacional. Los problemas empiezan cuando la relación se va estrechando y/o se inicia la vida en común. Tres de cada cuatro mujeres maltratadas indican que el maltrato cobra protagonismo al casarse o estar embarazadas (entre un 40 y un 60% de las mujeres maltratadas sufren violencia física durante el embarazo[8]).

El maltrato con el que se suele iniciar este destructivo proceso es el psicológico. Éste, como veíamos anteriormente, es complicado de detectar por su apariencia amorosa: la exclusividad exigida,

6. INSTITUTO DE LA MUJER, *La atención sociosanitaria ante la violencia contra las mujeres*, Madrid 2001.
7. ZUBIZARRETA, I., SARASÚA, B., ECHEBURÚA, E., CORRAL, P., SAUCA, D. y EMPARANZA, I., «Consecuencias psicológicas del maltrato doméstico», en (E. Echeburúa [coord.]) *Personalidades violentas*, Pirámide, Madrid 1994.
8. VILLAVICENCIO, P. y SEBASTIÁN, J., *op. cit.*,

las críticas por el vestir o los celos por las amistades se interpretan como señal de amor, lo que hace que se minimicen y se admitan. Sin embargo, el control de la posesividad va haciendo mella en la capacidad de autonomía y en las redes sociales que la mujer tiene. Conforme la relación avanza, la tensión irá en aumento; cualquier conducta que vaya contra los deseos del agresor puede desencadenar su ira. No tener la comida con el punto de sal que él quiere, hablar por teléfono, mirar la televisión, no tener ganas de hacer el amor... pueden ser un motivo, considerado por él «legítimo», para iniciar su ataque frontal. La culpabilizará de su conducta por lo mala esposa y mujer que es, la insultará y humillará, se reirá de ella y la ridiculizará, la ignorará tanto en privado como en público... Los incidentes serán cada vez más numerosos, los cambios de humor del maltratador más imprevisibles, y la hostilidad expresada pero no explosiva más frecuente. Nos encontramos en la primera fase de la violencia de pareja: *la fase de acumulación de tensión.*

Esta fase puede durar desde días hasta años. El maltrato, fundamentalmente, es psicológico, atenta contra la dignidad y la valoración de quienes lo sufren. La mujer, en esta fase, intenta calmar a su pareja y evitar los conflictos. Para ello busca complacerle, mantenerse sumisas y no hacer aquello que pueda molestarle. Esta situación le generará una gran ansiedad y un gran desgaste psicológico.

Muchas parejas no pasan de esta fase. Convierten su relación en una especie de «guerra de desgaste», con altibajos al combinar hostilidad y calma, pero sin llegar a la violencia física[9]. Ahora bien, el que no haya maltrato físico y/o sexual no significa que éste no tenga apenas efectos en la vida de las mujeres que lo padecen. El deterioro y la anulación que lleva consigo provoca heridas, a veces más difíciles de cicatrizar que una lesión física. Muchas mujeres expresan que lo más doloroso de afrontar y modificar no son tanto las lesiones físicas cuanto la anulación y el maltrato psicológico.

La segunda fase del ciclo de la violencia en la pareja comienza con la aparición de la violencia física y/o sexual, y se denomina *fase de explosión o de agresión.* En esta fase estalla la violencia con gran intensidad. Las agresiones se ejercen con una gran brutalidad; el maltratador descarga su hostilidad de manera descontrolada a través

9. MADINA, J., «Perfil psicosocial y tratamiento del hombre violento con su pareja en el hogar», en (E. Echeburúa ed.]), *Personalidades violentas,* Pirámide, Madrid 1994.

de golpes, bofetadas, palizas, humillaciones, abuso sexual, intimidación con objetos contundentes, amenazas de muerte...

En esta fase, que es la más corta de las tres (puede durar horas o unos pocos minutos), las mujeres tienen claro que, salvo callar, no pueden hacer nada; sólo el maltratador puede terminar con ese momento de agresión. Si se defienden, si buscan razonar... es peor, la violencia es más brutal, y las amenazas más graves.

Es en esta fase cuando las mujeres pueden pedir ayuda o denunciar los hechos; sin embargo la gran mayoría no romperá con esta situación, entre otras cosas por el desarrollo de la tercera fase, *la fase del arrepentimiento o de la luna de miel*.

Esta tercera y última fase se caracteriza por la actitud de arrepentimiento del agresor. La violencia y la tensión desaparecen. Él se da cuenta de que ha perdido el control y promete que no volverá a pasar. Se muestra más cariñoso, amable, atento... La mujer le escucha, le perdona y decide creer en el amor que se tenían y en la capacidad de que «su amor y el de su pareja» realmente modificarán la situación. Pero... esta fase acaba, se desvanece en la cotidianeidad, y el ciclo vuelve a comenzar. Cualquier tontería desencadena el conflicto; el maltrato psicológico se inicia, le sigue el físico y/o sexual, cada vez con mayor intensidad, y nuevamente, después de la descarga y los propósitos de enmienda, ...reaparece la tensión. Este ciclo no tiende a detenerse por sí sólo; por el contrario, tiene su propio dinamismo. Una vez que se desencadena por primera vez la fase de explosión, las situaciones de malos tratos son más frecuentes, los incidentes crecen en intensidad y severidad, y cada vez son menores los momentos de arrepentimiento y de reconciliación[10]. Cuando esta fase desaparece, es cuando muchas mujeres, si psicológicamente y materialmente pueden, buscan ayuda y/o deciden acabar con la relación.

Orígenes del maltrato en la pareja

¿Por qué esta violencia? ¿Por qué hay varones que maltratan a sus parejas? ¿Qué les ocurre?

Nos adentramos en un terreno pantanoso y complejo. Son numerosas las aproximaciones teóricas que se han desarrollado al

10. WALKER, L.E., *The Battered Women Syndrome*, Springer, New York 1984.

respecto. Unas enfatizan su naturaleza sociocultural, otras los factores individuales y psicopatológicos, y otras se centran en la infancia y en las relaciones familiares[11]. Nos encontramos ante un fenómeno cuyo origen es multicausal. No hay un único perfil que identifique a los agresores del maltrato. Pertenecen a todas las condiciones sociales, etnias, religiones, edades... Sin embargo, sí que podemos encontrar un patrón cognitivo, afectivo y conductual similar en la mayoría de ellos.

Los varones que maltratan a sus mujeres son personas que creen que su hogar es su feudo, y su mujer e hijos su propiedad. Consideran que su familia es su territorio y que, como dueño y poseedor de ésta, pueden hacer lo que quieran «en y con» ellas. Para ellos, sus mujeres han de estar a su servicio, han de comportarse según el modelo tradicional de femineidad: abnegadas, sacrificadas, un ser para los demás, olvidada de sí misma y responsable de la felicidad y el equilibrio familiar.

Los varones que utilizan la violencia contra su pareja son personas emocionalmente muy acomplejadas, dependientes y con una autoestima frágil y lábil. En el fondo de su ser sienten que no son lo que para ellos representa un hombre de verdad «fuerte, autosuficiente, dominante...» La inseguridad, la fragilidad... son sentimientos que les asustan y que niegan, buscando situaciones que les hagan sentirse «superiores y con poder». El único lugar en el que se sienten con autoridad para hacerlo es en la intimidad y privacidad de su hogar. La gran mayoría de los maltratadores domésticos sólo agreden a sus mujeres y a sus hijos (aproximadamente un 50% de los hijos e hijas de las mujeres maltratadas acaban sufriendo la violencia de su padre). Son personas que seleccionan claramente a sus víctimas; saben cuándo y a quién agredir. Para los demás puede ser personas encantadoras, cordiales, amables...; sólo ante aquello que consideran inferior e indefenso se atreven a desplegar su poder y su frustración vital. Su superioridad depende de que la mujer ocupe un lugar inferior.

En comparación con la población no maltratadora, estas personas suelen ser más ansiosas y depresivas, emocionalmente frías, dominantes, con poco control de la expresión externa de su ira y de sus impulsos en general, y con muy poca tolerancia a la frustración[12].

---

11. VILLAVICENCIO, P. y SEBASTIÁN, J., *op. cit.*
12. FERNÁNDEZ-MONTALVO, J. y ECHEBURÚA, E., «Variables Psicopatológicas y dis-

Son personas que tienen poco desarrolladas las habilidades de comunicación, son poco conscientes de sí mismas y manifiestan una gran dificultad para expresar y canalizar constructivamente sus emociones. Equivocan la asertividad con la agresividad, y dentro de sus creencias está el que la violencia puede ser una forma aceptable de afrontar las dificultades diarias.

El abuso del alcohol suele estar presente en más de un 50% de los maltratadores, y la agresión bajo influencia directa de éste suele oscilar entre un 60 y un 85%. En cuanto al consumo de otras drogas, el porcentaje es menor; se encuentra entre un 13 y un 35%[13]. Estos datos no significan que el consumo de alcohol u otras drogas sea la causa de la presencia del maltrato. Evidentemente, el abuso de estas sustancias es un factor de riesgo, como lo es también el tener rasgos patológicos (*cuadro paranoide, una personalidad borderline, antisocial o narcisista*), el estar en el paro, el padecer estrés... Ahora bien, estos factores, aunque pueden precipitar y agravar la severidad y frecuencia del maltrato, no son ni necesarios ni suficientes en sí mismos para que una persona sea maltratadora (*salvo en aquellos casos en que, por su patología, ejercen la violencia en cualquier situación*).

Así pues, nuevamente surge la pregunta: ¿qué ocurre en sus mentes, en su persona, para creer que la mujer es un ser inferior al que legítimamente pueden agredir?

Una clave que nos puede ayudar a responder esta cuestión es analizar el proceso de socialización vivido.

Como expresa acertadamente Rosa Pastor[14], la violencia humana no está determinada por el código genético, sino por otro tipo de herencia impresa en el código cultural que regula las relaciones sociales. La violencia contra las mujeres está enraizada en unos modelos normativos que nuestra cultura tiene acerca de cómo debe ser un varón y una mujer. Estas construcciones sociales inciden notablemente en la formación de la identidad, en el autoconcepto y en la manera en que las personas organizan la realidad. Llevan implícitas una serie de sanciones positivas y negativas que marcan

---

torsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un análisis descriptivo»: *Análisis y Modificación de Conducta* 23/88 (1997), pp. 151-180.

13. SARASÚA, B., ZUBIZARRETA, I., ECHEBURÚA, E. y CORRAL, P., «Perfil psicológico del maltratador a la mujer en el hogar», en (E. Echeburúa [ed.]) *Personalidades violentas*, Pirámide, Madrid 1994.
14. PASTOR, R. *op. cit.*

de antemano las aspiraciones, las percepciones, el hacer y el poder del sujeto en el mundo[15]). Estos ideales son modelos de referencia preferencial para ambos sexos, y favorecen y legitiman una relación asimétrica y de desigualdad entre éstos.

Es cierto que desde finales de los años sesenta se ha producido una profunda transformación sobre estos estereotipos sociales; sin embargo, el que esta violencia siga ocurriendo nos indica que todavía hay muchos sectores sociales que creen en la superioridad del varón y en el derecho legítimo a controlar y dominar a la mujer por cualquier medio, entre ellos el violento.

Por otra parte, no sólo los ideales de género provocan que el proceso de socialización vivido sea un factor decisivo en la génesis de esta problemática. Otro aspecto que también nos da claves de comprensión es el estilo de vinculación infantil. Se ha constatado que el ser testigos y/o víctimas de violencia en la familia de origen está relacionado con las conductas agresivas que de adulto se ejercen en el hogar.

La experiencia de exposición a la violencia en la infancia, como testigo o como víctima, no sólo deja unas sangrantes heridas de desamor y de abandono; también transmite a los y a las menores que lo viven que aquellos que aman maltratan; que golpear a un miembro de la familia, y más si es una mujer, es aceptable; y que la violencia es eficaz y admisible para hacer frente a las frustraciones y a los conflictos existentes en la pareja[16].

Este hecho, aunque está presente en la infancia de muchos maltratadores (entre un 15 y 75%), no indica necesariamente que quienes hayan vivido esta experiencia acaben maltratando o dejándose maltratar. Por el contrario, son muchas las personas maltratadas que, de adultos, defienden activamente la no violencia como estilo de relación y de resolución de problemas.

15. GARCÍA-MINA, A., *Análisis de los estereotipos de rol de género. Validación transcultural del Inventario del Rol Sexual* (Tesis Doctoral), Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1998. LAGARDE, M., *Género y Feminismo*, Horas y Horas, Madrid 1996.
16. VILLAVICENCIO, P. y BATISTA, N., «Un problema específico de salud en la mujer: la situación de maltrato. Revisión teórica»: *Clínica y Salud* 3/3 (1992), 239-249.

El proceso de reconstrucción

Toda experiencia de maltrato deja unas profundas y dolorosas huellas en las personas que lo sufren. La crueldad, la violencia, el terror, la humillación... se graban en la memoria, produciendo un deterioro y un sinsentido difíciles de borrar. El maltrato modifica la imagen que una persona tiene de sí misma, la manera de relacionarse con la gente, la esperanza en la vida y la confianza en el amor, en el respeto y en los demás.

Es una experiencia traumática. Paraliza, bloquea, confunde, y en el caso de las mujeres genera una hiriente culpabilidad. Las mujeres maltratadas no sólo viven la violencia de sus parejas, sino que sufren la incomprensión de muchos sectores sociales y, en la mayoría de los casos, de sí mismas. Con frecuencia, muchas mujeres maltratadas se torturan y responsabilizan de su situación. No piden ayuda, entre otras cosas, por la vergüenza que sienten de sí mismas. No se perdonan el haber elegido a ese hombre, el fiarse de él, el dejarse agredir, el no defenderse... Se sienten fracasadas como mujeres y anuladas como personas. Necesitan salir de esa situación, pero la desvalorización que viven, el aislamiento que sufren y la impotencia que padecen las atrapa. Este sentir (*depresión, ansiedad, estrés postraumático...*), junto con la situación socieconómica y familiar que muchas viven (*dependencia económica, falta de recursos materiales y asistenciales, miedo a perder a los hijos...*), dificulta enormemente el que éstas decidan romper con esta situación.

¿Qué hacer? ¿Cómo ayudarlas? Tan negativo e injusto es hacerles responsables de su maltrato como colocarlas en un papel victimista y sin futuro.

El proceso de reconstrucción necesariamente requiere tiempo, apoyo y una intervención desde diversos ámbitos, considerados éstos en función de los tipos de maltrato sufridos, de la gravedad de los mismos, de la cronicidad de la situación, del deterioro en su salud, tanto física como psicológica, de la red de apoyo con que cuenta, así como de los recursos económicos y yoicos que tiene[17].

Cuando las mujeres piden ayuda, es porque su situación es seria; minimizarla o mirar hacia otro lado sólo les conduce a la desesperanza y puede poner en peligro su integridad física y personal.

17. INSTITUTO DE LA MUJER, *op. cit.*

Las mujeres que sufren malos tratos necesitan un entorno seguro y unas personas a su lado que «las crean y las escuchen» sin prejuicios. Necesitan un espacio en el que poder ir recuperándose a sí mismas e ir reencontrando el control de sus vidas. Este proceso es complejo, delicado, doloroso. A menudo exige una atención sanitaria, psicológica y asistencial, así como un asesoramiento y una intervención judicial.

Dentro de los recursos sociales y asistenciales a los que podemos acudir y obtener información, encontramos el *Teléfono gratuito de información 24 horas*, perteneciente al Instituto de la Mujer-Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: 900 19 10 10; el *Teléfono de Emergencia para la mujer que sufre Malos Tratos:* 900 10 00 09; el *Servicio de Atención a la Violencia Doméstica:* 900 22 21 00.

Escribir sobre la violencia contra las mujeres no es fácil. Situarme como psicóloga y como mujer, tampoco. Supone adentrarse en una de las caras más oscuras de la naturaleza humana: «el ser humano es el único ser vivo que hace daño sin necesidad y que, además, disfruta con ello»[18].

La violencia contra las mujeres no es un problema privado, sino social. Nos obliga, individual y colectivamente, a cuestionarnos como sujetos y/u objetos de discriminación. No nacemos violentos; nos hacemos violentos.

18. ECHEBURÚA, E (ed.), *Personalidades violentas*, Pirámide, Madrid 1994.

ST 90 (2002) 213-215

Vida entre las víctimas del terrorismo (I) «Contra el olvido»

Cristina CUESTA*

Un frío y luminoso día de marzo de 1982, una estudiante de veinte años esperaba a su padre para comer en familia. Hacía trece días que había sido su cumpleaños, y esa misma mañana había llegado de otra ciudad cercana donde cursaba la carrera universitaria de periodismo, la gran vocación de su vida. Estaba contenta, porque durante todo el fin de semana iba a poder celebrar sus veinte años con su familia, con sus amigos; los exámenes ya habían pasado. A las tres y veinte en punto sonó el teléfono; su madre cocinaba, y su hermana había salido al encuentro de su padre antes de ir al colegio. Como cada día entre semana, esa niña de catorce años corría hacia su padre, buscando un beso y unas monedas para comprar caramelos. Las palabras del teléfono fueron claras y taladraron los oídos de la estudiante: «Baja corriendo, que a tu padre le ha pasado algo». Inmediatamente supo que su padre no había sufrido un infarto, ni un accidente de tráfico; supo que su padre había sido víctima de un atentado terrorista (su padre iba escoltado por dos policías). Bajó corriendo, casi volando, no recuerda si por el ascensor o por las escaleras, y se encaminó en dirección al trabajo de su padre. Él siempre recorría el mismo camino. Al cruzar la segunda manzana, vio a unas cuantas personas paradas cerca de una mancha de sangre y a unos municipales. No pensó ni en su madre ni en su hermana; sólo quería acudir junto a su padre. Su padre estaba en el Hospital. Un policía y una amiga de la familia la acompañaron en coche al centro médico. En el camino jamás pensó que su padre estuviera muerto. «Lo habrán herido»; «Dios no puede permitir que mi padre muera»; «Asesinos, ¿por qué a mi padre?»; «Le cuidaremos, y saldrá de ésta»... Al llegar al Hospital, y tras suplicar algo tan obvio, pasó a una sala blanca y gris, con una luz fría e inhóspita. Su padre yacía en una camilla, envuelto en una sábana, con su chaqueta de

* Licenciada en Filosofía. Miembro de «¡BASTA YA!». Portavoz del Colectivo de Víctimas del Terrorismo en el País Vasco.

cuadritos, su corbata verde, los ojos cerrados y un extraño rictus de nada. Entonces fue cuando comprendió que su padre había sido asesinado, un luminoso y aciago día de marzo de 1982. Uno de sus escoltas había resultado también mortalmente herido.

Si se parte del previo conceptual de que todo terrorismo es injusto por no democrático, negador del respeto a la dignidad del ser humano y perverso en su génesis, su afán totalitario y sus demoledoras consecuencias personales y sociales, se comprende mejor cómo en un instante aquella situación cambió la vida de esta familia, como cambia la de tantas otras, la de tantas otras miles. Tres terroristas pertenecientes a los Comandos Autónomos Anticapitalistas –grupo terrorista que, al igual que ETA, sembró de dolor y miedo las calles de Euskadi en los años ochenta– planificaron y ejecutaron un asesinato premeditada y voluntariamente. Tres vascos, y otros más, muchos más, decidieron que para salvar al Pueblo Vasco de su supuesta opresión tenían que eliminar físicamente a otros ciudadanos. No importaba a qué se dedicara la víctima, si tenía uniforme o no, si era de derechas o de izquierdas, si era empresario o modesto trabajador. El terrorismo que asola Euskadi no ha hecho diferencias: hombres y mujeres de todas las edades y condición han sido víctimas del terror. Hasta la fecha sólo se han salvado del asesinato los sacerdotes y los políticos de ideario nacionalista. Vidas rotas por nada, a causa de una ideología fanática, construida contra la historia y contra la racionalidad, e inoculada de odio. Crímenes todos injustos, imposibles de olvidar por dignidad moral, por la memoria de los arrebatados y por un futuro de verdad y justicia.

Esa chica dejó pasar el tiempo, dejó de estudiar, se puso al frente de la familia. Su madre cayó en una inmensa depresión, su hermana era tan joven... Cuando aprendió a vivir con el vacío y el dolor de la ausencia, lo que más le afectaba era la indiferencia de la gente en el País Vasco, el acostumbramiento, la fatalidad y la banalidad con la sociedad vasca justificaba los crímenes; el silencio social; la complicidad activa o pasiva; la falta de liderazgo político... Un sentimiento de indignación empezó a crecer dentro de ella. Fue conociendo a más víctimas, víctimas que incomprensiblemente se sentían solas y aisladas, marcadas, porque el entorno social de cobijo al terrorismo había extendido calumnias y más mentiras para excluirlas, acallarlas; víctimas que vivían ocultando su situación de víctimas por evitarse más problemas; víctimas también de la locura colectiva, que no diferenciaba entre víctimas y verdugos; víctimas de la anomía moral, del poder incontrolado de los terroristas y la complicidad pasiva o activa de la sociedad. Una sociedad paraliza-

da, insolidaria, confundida y amordazada, que tenía que reaccionar. Puesto que el terrorismo no representaba al Pueblo Vasco, y así se demostraba una y otra vez en los plebiscitos electorales, esta constatación tenia que reflejarse en las calles. Así fue como, a mediados de los ochenta, la protagonista de esta historia decidió, junto a unos pocos compañeros, reivindicar el derecho a la vida, proclamar la igualdad del valor de toda vida, reconstruir la convivencia sin odio pero con firmeza democrática, y denunciar a los asesinos y a sus cómplices, reivindicando cercanía y apoyo a las víctimas de la barbarie, exigiendo unidad en la defensa de los valores de convivencia y manteniendo la dignidad por encima del miedo. Poco a poco, paso a paso, cada vez más gente salía a la calle para arropar a las víctimas, para denunciar a ETA, para defender la democracia.

Las víctimas del terrorismo jamás han respondido con resentimiento ni han solicitado venganza. Las víctimas han exigido y exigen justicia democrática; exigen la respuesta del Estado de derecho frente a los enemigos de las sociedades abiertas, mestizas, plurales, pactistas. Vidas de víctimas que sacan fuerzas de su flaqueza para resistir ante los ataques, las calumnias y las amenazas, con el convencimiento de que sus agresores jamás podrán convertirles ni en sus esclavos ni en sus verdugos, precisamente porque creen en la universalidad de la dignidad humana y en la justicia restaurativa y retributiva que nos defiende dentro de un Estado de derecho del que debemos sentirnos orgullosos.

Esa joven, hoy ya mujer, sigue creyendo en los mismos principios que la ayudaron a descubrir la luz en las tinieblas: dignidad humana, respeto, democracia participativa, convivencia entre diferentes. Sabe que, a pesar de los malos momentos, avanzamos lentamente. Hoy las víctimas no están tan solas, las mentiras son menos numerosas y se desmontan con racionalidad; hoy no permitimos que utilicen nuestro nombre en falso; hoy señalamos a los culpables penales y a los responsables políticos y sociales; hoy gritamos *¡BASTA YA!* En estos años, el mejor tesoro de esta mujer ha sido compartir su vida con otras víctimas, con otros compañeros por la Libertad, reafirmar con cada nuevo drama lo injusto de cada crimen. Las víctimas son la esperanza de un futuro de convivencia, las que en las peores circunstancias han defendido el derecho y los derechos de todos, las que cimentan una Paz basada en la Memoria y la Justicia.

Esa mujer es la mujer que firma este artículo: ¡es tan difícil todavía asumir el dolor en primera persona...!

ST 90 (2002) 216-220

Vida entre las víctimas del terrorismo

(II) «Han asesinado a mi hermano»

Luis DÍAZ ARCOCHA*

Era el 7 de Marzo de 1985. Por motivos de mi trabajo, salía aquella mañana de Segovia en dirección a la ciudad de Ávila, donde debía celebrar una reunión con otros compañeros de la empresa. Me detuve en una gasolinera de las afueras, para llenar de combustible el depósito de mi coche. Se acercó uno de los dos hombres que atendían el servicio. Desenganchó la manguera, mientras me hacía la pregunta rutinaria: «¿Lleno?», y después, mirando la matrícula que indicaba mi procedencia vizcaína, inició el diálogo más cruel de cuantos he mantenido a lo largo de mi vida:

– ¿Ya se ha enterado de lo que ha pasado en su tierra esta mañana?

– No, ¿qué ha pasado?"

– Pues que han matado al jefe de la policía autónoma, de los ertzainas, como creo que les llaman. Un teniente coronel parece que era. No sé si ha sido a balazos o con una bomba. La radio lo está diciendo.

– ¿Qué dice? Pero ¿qué dice usted? ¿Qué está diciendo?

Sin saber lo que hacía, salí del coche y, agarrándome a las solapas del mono de trabajo de aquel pobre hombre, lógicamente asustado por mi reacción, le zarandeaba al tiempo que le preguntaba sin cesar detalles de la horrible noticia.

– ¡Tranquilícese, hombre, tranquilícese! Mire, la radio lo está diciendo ahora, óigalo usted mismo.

Me abalancé al interior de la caseta, donde el otro operario estaba escuchando las noticias que transmitía un pequeño transistor. La voz del locutor era grave, y su ritmo muy lento, lentísimo según mi percepción de esos momentos. Desgranaba lo ocurrido, como si con un bisturí abriese un tajo recto, largo, interminable, sin fin, en mi cerebro.

---

* Doctor Ingeniero Industrial. Bilbao.

> «Esta mañana, a las nueve horas, en la localidad de Elorriaga, a seis kilómetros de Vitoria, el teniente coronel y primer superintendente de la Ertzainza, don Carlos Díaz Arcocha, ha fallecido asesinado en atentado, supuestamente perpetrado por ETA. El militar asesinado salía de tomar su desayuno en la cafetería de la estación de servicio que se halla en la carretera, aproximadamente a kilómetro y medio de la academia de Arkaute, adonde se dirigía como todos los días para iniciar su trabajo. Al poner en marcha el coche, un Ford Escort matrícula de Vitoria, y comenzar a maniobrar con la marcha atrás, ha hecho explosión una bomba que se hallaba alojada bajo el asiento del copiloto, alcanzando de lleno al teniente coronel Díaz Arcocha, quien ha sido trasladado e internado ya cadáver en el hospital de Santiago, de Vitoria. El Gobierno ha condenado...».

Todo se paró. Todo se detuvo dentro de mí. Despacio, muy despacio, y con la voz que me salía no de la laringe, sino de lo más profundo del pecho, expliqué a los dos hombres, que me miraban entre asustados y asombrados, que el teniente coronel Carlos Díaz Arcocha era mi hermano. Guardaron silencio y me ofrecieron agua, que rechacé. La radio seguía transmitiendo, pero yo no oía nada. Llamé por teléfono a la central de mi oficina en Bilbao para decirles que interrumpía el viaje y volvía a casa. Ya estaban enterados de todo. Me ordenaron que dejara el coche y tomara un taxi. No quise. Me levanté de la silla donde estaba sentado, y siempre muy despacio, sumergido en el silencio que llenaba mi alma, salí de aquella oficina y me introduje en mi coche.

Conducía mecánicamente, sin fuerza alguna ni para frenar ni para acelerar. Era como si alguien que no era yo manejara los mandos del coche. Tenía la cara empapada por las lágrimas que continuamente fluían de mis ojos. Rodaba muy despacio por una carretera silenciosa y sin tráfico. O al menos así me lo parecía. Todo estaba muerto. Todo era quietud y silencio. Como en una película mal montada, fueron pasando ante mí los recuerdos de mi hermano. «Cuando escucho música de Bach, sobre todo La Pasión según San Mateo –me dijo en cierta ocasión–, creo más en Dios». Recordé muchas, muchas anécdotas suyas, y todas me hacían ver su alma y su ejemplo como hermano mayor. Su pasión por la música y por la literatura, en especial por la poesía, su facilidad para escribir, su fantástica memoria, todas, en fin, las cualidades que conformaban la personalidad de mi hermano, a quien tanto admiraba yo. Y ahora estaba muerto. Le habían asesinado. Le habían destrozado con una bomba miserable. ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Recordé que no había llamado a mi madre ni a mi familia. Cuando llegué a Lerma, detuve el coche y entré en una cafetería junto a la carretera. Fui al teléfono. Dos jóvenes charlaban y se reían abiertamente de lo que mutuamente se contaban. La televisión ofrecía los colores –entonces todavía novedosos– de un concurso de canciones. Un hombre fregaba con un trapo los vasos detrás del mostrador. La vida seguía en aquella cafetería. No se había detenido.

Cuando salí, me di cuenta de ello. No, la vida no se para, aunque así lo queramos porque así lo sentimos. La vida sigue y sigue y sigue... Y nosotros también. Porque no hay más remedio. Porque nuestro cerebro no puede permanecer en reposo. Porque sus neuronas siguen emitiendo órdenes, órdenes que generan ideas, ideas con un origen no casual, sino causal, en una energía esencial desconocida por nosotros, una esencia que bien pudiera consistir en Dios.

Pensé en Dios. Y en lo que me unía, en lo que me ataba a Él. En mis vivencias de niño, de joven, de hombre. Y mientras seguía conduciendo el coche –ahora, inexplicablemente, con mayor consciencia–, entoné la oración que cuando era niño me hacía vibrar en el coro del colegio. La *Salve Regina*. Al principio en voz baja, entrecortada, mezclada con el dolor y la emoción de mi espíritu. Después fuerte, en voz alta, con dolor, con muchísimo dolor, pero con una esperanza secreta dentro de una súplica angustiosa. Sentía la necesidad de lo alto, de Dios; y cantar entonces me hizo sentir rabiosamente la pregunta: «¿Por qué?» Y a la vez: «¿Por qué murió asesinado Cristo?».

Pensé que María se haría esa terrible pregunta.

Cuando, ya en Vitoria, me reuní con mi familia, mi madre, mi pobre madre, viuda hacía tan sólo seis meses, me cogió la mano y la apretó fuertemente, mientras me miraba a los ojos desde la humedad profundísima de los suyos, y estuvimos así largo tiempo, sin pronunciar una palabra. Aquella gran mujer, que cuatro años después se reuniría con mi padre y mi hermano, nos dijo en el entierro de Carlos estas palabras: «No dejéis que el odio entre en vuestra casa ». Mi madre tenía una enorme fe cristiana.

Esas palabras me obligaron a luchar contra el odio. No a perdonar, porque no tiene sentido la palabra «perdón» cuando no existe disposición a ser perdonado. Pero sí a no odiar, a no dejarse envolver y penetrar por el Mal. Porque si cedemos en esto, si permitimos que el Mal se apodere de nuestros sentimientos, de nuestro cerebro, de nuestras ideas, entonces todo cuanto hagamos, pensemos o sin-

tamos, no será sino diferentes manifestaciones de ese Mal-Odio al que hemos entregado el dominio de nuestro espíritu. Y ése es un estado anímico horrible, espantoso, de auténtica condenación en vida: algo que, si se ha experimentado una sola vez, aunque sólo haya sido por unas pocas horas, deja un espeso recuerdo que nunca podrá borrarse por completo de nuestra vida; algo contra lo que, después de haberlo sentido, vemos clarísimamente la necesidad de luchar para impedir por todos los medios su reaparición. La súplica y el ejemplo de mi madre me ayudaron a encontrar el camino para enfocar esa lucha.

Durante los días que transcurrieron entre las honras fúnebres humanas y divinas, en Vitoria y en Bilbao, los pensamientos y los sentimientos se atropellaban desordenadamente dentro de mí. ¿Por qué? ¿Qué es, qué significa la palabra Justicia? ¿Qué es el Perdón? ¿A quién? ¿Por qué? ¿Quién me lo pide? ¿Acaso la Iglesia perdona sin que el perdonado se retracte? En la parábola del hijo pródigo, el hijo pidió perdón; Cristo en el Gólgota no perdonó, sino que pidió perdón al Padre ofreciéndose como reparación del pecado en el mundo. ¿Qué sentido tiene el perdón si el ofensor no está en disposición de recibirlo? ¿Cómo puede el perdón preceder a la justicia? ¿Dónde está esa justicia? No cabe perdón sin reparación o, al menos, sin recepción. ¿Dónde está esa reparación? ¿Dónde la recepción?

Por delante del cadáver de mi hermano desfilaron todos los personajes políticos del momento. Con expresión seria y posiblemente apenada, y mirando al mismo tiempo a las cámaras, hicieron que escuchara toda la retahila de frases que hoy, dieciséis años después, he vuelto a oír, que no a escuchar, tras cada uno de los asesinatos que ETA continúa cometiendo. Y después, otra vez el silencio. El silencio de la soledad.

Cuatro años más tarde, murió mi madre. Unas semanas antes, me pidió que leyera un pequeño artículo de aquel gran religioso y periodista que fue José Luis Martín Descalzo. En unas pocas líneas, aquel artículo me descubrió lo que desde entonces ha sido para mí la luz que me guía y me conduce a la Vida y a la Verdad. En síntesis, decía que Jesús de Nazaret, cuando hablaba de su Padre, y sobre todo cuando recitó la oración por excelencia, el Padre Nuestro, llamó a su Padre ABBA, que en arameo no significaba padre, sino algo más entrañable, más protector, más acogedor, algo así como «papá», el maravilloso «aitatxo» del idioma guipuzcoano que ha-

blaban mis abuelos en Cestona. Este descubrimiento, unido al recuerdo de la lectura bíblica que oí en las exequias religiosas ofrecidas para mi hermano y oficiadas por el párroco de San Francisco, en Bilbao, don Julián Rodríguez Gago, me dieron la paz. Aquella lectura decía: «Halló gracia ante Dios, y Dios le amó. Se lo llevó antes de tiempo para que la maldad no pervirtiera su inteligencia o el engaño sedujera su alma. Su alma era del agrado del Señor, por eso se apresuró a sacarlo de entre la maldad». Y la vida recuperó su significado para mí. Nunca más volví a oír el silencio de la soledad.

Como cristianos, hemos de fiarnos de Cristo, y Cristo dijo que Dios era nuestro ABBA, que manifiesta con nosotros la principal característica de un padre entrañable: su cuidado, no sólo amoroso, sino cariñoso y cálidamente protector. En su calidad de hombre con honor, ¿cómo se habría resentido la fe de mi hermano en la vida que le rodeaba, si ahora viviese con la mentira histórica que le habrían impuesto sus jefes políticos, con la tremenda carga afectiva que ello le habría supuesto?

Mi hermano está en la Verdad. Dios Padre, ABBA, papá, nuestro Aitatxo, ha cuidado de él. Con datos que desconocemos. Con otros valores. En otras coordenadas.

Dios, con su mano, nos protege del Mal. Aunque no la veamos; aunque a veces, por ignorancia, la juzguemos prepotente, áspera y rugosa. Basta con que una sola vez hayamos sentido su caricia. Si reflexionamos con algo de tiempo y profundidad, descubriremos que todos hemos tenido en algún momento, aunque haya sido muy lejos del presente, esa vivencia de vida, de auténtica Vida. Sólo se trata de buscar esa vivencia, de encontrarla y recuperarla. Así estaremos en la puerta de la Vida, de la Vida que no se interrumpe con la muerte. Porque está detrás de ella. Porque está detrás y por encima del Mal. Y no es difícil encontrarla. Está aquí, dentro de cada uno de nosotros.

ST 90 (2002) 221-226

Vida entre las víctimas del terrorismo

(III) ¿La vida entre la muerte y el absurdo?

Isaac DÍEZ DE LA IGLESIA*

Me piden que me pare y presente con brevedad los detalles de vida que, en mi acompañar a víctimas, descubro como los elementos humanos más significativos.

Intentaré describir algo de lo mucho que me han enseñado de la vida y su misterio..., que es todo lo contrario del sensacionalismo provocador o del morbo sensiblero.

1. Llegar y acompañar la situación humana concreta

La primera lección que he aprendido es que cada persona es un misterio irrepetible, y en este campo cada situación humana es una llamada importante a escuchar y acoger con suma delicadeza. La primera frase que recuerdo haber escuchado de una viuda de un asesinado de ETA me dejó muy confuso y a la vez sumamente impactado: «Quien no haya vivido esto, nunca lo podrá entender ni imaginar... En esto no hay empatía posible». Lógicamente, no lo juzgo; tan sólo expreso su sentir. Algo así se puede captar de los versos de una madre que ha visto asesinado a su hijo:

...No sé si sueño..., pero no duermo...
siempre aparece el abismo, y el sueño pasa...
y la puerta se cierra, ¡Dios mío!,
y no puedo traspasarla...
Es tan grande mi dolor que no sé lo que me pasa,
Que no sé si río o lloro...
Sólo os puedo decir
que en mi vida ya no hay nada.

* Salesiano. Responsable y animador de la ONGD «Jóvenes del Tercer Mundo». Responsable del Voluntariado Misionero Salesiano.

Que aunque yo muriera,
no se perdería nada.
Pues el sufrimiento es tanto
que mi corazón no aguanta...
... Yo diría tantas cosas..., y ¿para qué?:
¡es mejor no recordarlas!
Mas de mi mente no sales...
y esta pena a mí me mata...!
¡No siento mi corazón!,
¡no sé dónde tengo el alma!

La realidad concreta de las personas víctimas directas del terrorismo etarra es muy compleja. Hay factores externos que influyen mucho, y otros más internos y personales: la fecha y tiempo del atentado; la atención legal, social, administrativa y económica; la formación personal; la ideología y militancia política; la integración y las relaciones familiares.

Si no somos muy claros y concretos con las personas y situaciones personales, casi siempre provocamos un sentimiento de agresión y, sin pretenderlo, aumentamos el sufrimiento y desajuste personal, los agravios comparativos y la sensación de manipulación interesada.

No obstante, y procurando iluminar algo este mundo tan complejo, intentaré agrupar o clasificar los detalles que, a mi juicio, son los que más se repiten en las personas y vidas marcadas directamente por la violencia terrorista:

– La víctima ha vivido una experiencia traumática que la degrada como persona. ¡Una situación, pues, de degradación y bloqueo personal! Si no se trabaja pronto y bien, el victimismo hará estragos.
– El bloqueo, incomunicación, miedos, marasmo, se viven en todas las relaciones interpersonales y, sobre todo, en las relaciones con los más cercanos y directos. Se da, pues, un bloqueo familiar y social que puede poblar de suposiciones, interpretaciones, figuraciones... todo el entorno y, de ese modo, viciar y hacer imposible una vida realmente concreta y ajustada a la realidad.
– Según sea el ambiente social en que viven, y si en el entorno en el que habitan se justifica la violencia y la agresión por parte de grupos o de personas concretas, la degradación moral adquiere

una dimensión social, y la víctima sufre una grave dificultad de relación normal con su entorno. Además se convierte en un testimonio de la degradación moral de la vida social que incomoda y denuncia.

Más que continuar enumerando situaciones y vivencias, sí me parece útil señalar que todo esto hace que surjan en mí un montón de preguntas y cuestiones que podría sintetizar así:

– ¿Cómo puedo iniciar con estas personas un camino de «sanación» personal y familiar?
– ¿Qué llamadas me hacen en su vida concreta y qué respuestas puedo dar yo?
– ¿Cómo influye esta situación de violencia en la vida y formación de nuestros adolescentes y jóvenes que se abren en este humus y ambiente a la vida?

Creo que toda persona medianamente responsable, todo grupo, toda institución, debe pararse y tratar de responder cómo entienden y afrontan estas cuestiones.

2. Entrar en el mundo del sentido

La persona que ha sufrido la violencia terrorista está marcada en muchos aspectos. El dolor y el sufrimiento son siempre un absurdo que jamás podremos entender. Sólo cabe abrirse al mundo del sentido. Mi experiencia me dice que estas personas están extraordinariamente capacitadas para dar o rechazar el paso que abre o cierra la entrada en este mundo del sentido. Poder canalizar el marasmo y absurdo de lo vivido y sentido y orientarlo hacia un horizonte de sentido, me parece importantísimo. No hacerlo o no lograrlo puede conducir a perderse en una nebulosa y laberinto de oscuridad, odio, miedos, desconfianza e impotencia.

¿Desde dónde dar e iluminar la búsqueda de sentido? ¿Es posible hallar sentido a algo absurdo? Estamos ante algo muy personal. Es cierto que la vivencia de situaciones límite nos capacita y enfrenta seriamente para abordar este campo, y también es cierto que pueden llevar a abrirse con claridad al sentido o al planteamiento contrario: ¡Todo es un absurdo ciego! Los dos casos he vivido y acompañado.

Como es lógico, yo lo vivo y afronto desde mi fe cristiana: el misterio de la Pascua de Jesús. El amor redentor vivido por Jesús ilumina el sentido de una vida entregada y rota, el absurdo aparente de una vida rota y deshecha trágicamente en un suplicio de cruz; pero el misterio de un amor redentor del propio Dios lo transforma en vida definitiva y resucitada.

El sentido de la vida a la luz de la Pascua de Jesús lleva estas dos claves:

– El amor redentor de Dios es más fuerte que el mal. De la muerte y la destrucción sembradas por los hombres, Dios puede sacar y transformarlo en vida y resurrección definitivas. Así podemos iluminar sin angustiarnos: el poder destructor del mal; la grandeza de la libertad humana; el sentido de un Dios amigo de la vida y vencedor del mal; la dimensión positiva de todo lo humano si se vive como «solidaridad en la redención».
– La segunda perspectiva supone entender que la resurrección es un dato histórico que se da ya aquí, entre nosotros, y que confiere una profundidad y un valor especial a todo nuestro obrar. Desde esta perspectiva, el dolor y sufrimiento vividos en clave de solidaridad en la redención y como consecuencia lógica de nuestro luchar contra toda manifestación del mal, nos van haciendo cada vez más universales, más de todos, más resucitados, hasta el momento en que, rotas las barreras de nuestro cuerpo físico, que nos sitúa en un lugar y un tiempo concretos, seamos vida y resurrección en el misterio de la vida y la resurrección que nos envuelve y espera ser un día todo en todo. ¡Los cielos nuevos y la tierra nueva!

El poder destructor del mal es enorme. No necesitamos abrir mucho los ojos para comprobarlo. Pero el mal, y la muerte como su principal expresión, han sido vencidos. Es cierto que hay que pasar por el absurdo de la cruz y de la muerte, pero no son el final. Los primeros cristianos lo expresaron gráficamente con una imagen preciosa: ¡UN CORDERO DEGOLLADO DE PIE! En mis encuentros con personas víctimas, ésta es una luz y un camino sumamente importante: ¡SOLIDARIDAD EN LA REDENCIÓN! Para mí significa preguntarme cada día cómo afronto y cargo con el precio que hay que pagar para que el mal, en cualquiera de sus expresiones, sea superado y vencido ¿Cómo cargo solidariamente con las «cargas» de los otros en el

compromiso que debo vivir de lucha contra el mal? La persona víctima ha vivido y vive una dosis y carga extraordinaria que la hace extraordinariamente valiosa y sensible.

3. Un compromiso ético y educativo

Desde lo expresado hasta ahora, sólo quisiera enumerar y formular un doble compromiso:

Un compromiso ético

La persona víctima es un testimonio de la degradación moral de nuestra sociedad y, a la vez, una llamada al compromiso. En los derechos humanos fundamentales, como son la vida y la libertad, nadie puede delegar su responsabilidad. Éste es un tema social de primer orden y debe estar por encima de toda política de partido, pues es una responsabilidad personal y afecta a todos. Y no es sólo un compromiso de rechazo y denuncia de una violencia ejercida y padecida, que supone ciertamente ya mucho; es el compromiso positivo de fundamentar la vida y la convivencia en los derechos fundamentales de las personas.

Un compromiso educativo

Todos estamos llamados a trabajar por lograr que la vida y la convivencia social se desarrollen y se basen en el ejercicio efectivo de los derechos fundamentales. Esto supone que tenemos una visión positiva de toda persona como sujeto y protagonista de su vida e historia. Éste es el compromiso educativo que debe alentar a toda persona en su vida y trabajo. Un compromiso educativo que supone:

– Procurar que toda persona sea sujeto de su propia historia.
– Acompañar personalmente, a los que están en proceso de formación, en la tarea de conseguir una visión ajustada de la vida, y lograr también socializarla viviéndolo con normalidad en la sociedad en que se encuentran.

– Brindar las experiencias de participación y asociacionismo que hagan posible la integración e incorporación de todos, y en especial de los jóvenes, en el tejido y la vida social, sin correr el riesgo de caer en la violencia.

– Lograr que todo esto se haga diseño, proyecto, camino, sendero que conduzca y lleve a la paz. Sintetizando, diría que se trata de sembrar esperanza y fe en cada persona, hacer nacer en nosotros la confianza y alegría del vivir y en el vivir diario, y desarrollar la capacidad de cantar y celebrar todas las expresiones de vida y de paz.

ST 90 (2002) 227-231

Vida entre las víctimas del terrorismo

(IV) ¿Acrecen las víctimas –también las anónimas– la convivencia?*

Antonio BERISTAIN, SJ**

Molt Honorable President de la Generalitat Valenciana; Excelentísima Señora. Alcaldesa de Valencia; Ilustrísimo Señor Presidente de la Fundación «Profesor Manuel Broseta»; Amigas y Amigos:

En este momento, ante tan eminente auditorio, mis primeras palabras se dirigen a la Fundación «Profesor Manuel Broseta» para agradecerle muy cordialmente el Premio a la Convivencia que me ha otorgado, aunque lo considero inmerecido. Si algo he logrado en este campo victimal, ha sido por la labor de muchas personas que trabajamos en colaboración de sinergia multidisciplinar. El galardón les corresponde a ellas. (Lógicamente, el importe económico lo destinaré a las víctimas).

Con profunda empatía, saludo a todas las víctimas directas e indirectas del terrorismo, protagonistas del solemne acto que ahora celebramos. Todas están aquí. También las fallecidas. Sentimos su presencia –virtual y real–, aunque no las veamos. Están aquí el carismático Profesor Manuel Broseta, eximio y «amigable conciliador» y, con él, innumerables víctimas: búcaros exteriormente vulnerables, pero interiormente inmortales: son azahares –blancos y rojos– en perpetua primavera. Sangre seminal que germina convivencia humana, sobrehumana.

Manos cainitas nos arrebataron sus cuerpos. Pero no sus lecciones magistrales, sus convicciones, sus ideales contagiosos. Ellas están siempre volviendo a nosotros, en retroversión esperanzada, desde la meta adonde llegaron. Meta... y también fuente de amor que mana sin origen y sin fin, como canta San Juan de la Cruz.

---

* Alocución con motivo de la recepción del «X Premio a la Convivencia» de la Fundación «Profesor Manuel Broseta» (Valencia, 15 de enero de 2002).

** Jesuita. Catedrático de Derecho Penal. San Sebastián.

Aquí y ahora, en recuerdo respetuoso de todas nuestras víctimas, comprendo con ustedes el vacío abismal que nos han dejado, comprendo el dolor cruel de tantos familiares y amigos. Pero experimentamos también el roce del ala de la paloma del espíritu, misterio y milagro. (Convivencia vertical, trascendente). La epopeya de nuestras víctimas nos hace llorar cada mañana; pero, por otra parte, colma nuestra convivencia onírica. Para agradecérselo nos hemos reunido aquí.

Como catedrático en una Facultad de Derecho, colega de Manuel Broseta (el Profesor que ha merecido el *Liber amicorum* más voluminoso y cálido), de Francisco Tomás y Valiente, de Ernest Lluch, de José María Lidón, de Juan de Dios Doval y de otros maestros de maestros, permítanme recordar algunas aportaciones de las víctimas a la convivencia, en relación con cuatro ramas del árbol de la Justicia: Derecho Penal, Criminología, Victimología y Teología.

A los especialistas del Derecho Penal nos compete la cognición de los fenómenos criminales y, después, conseguir el puente que acerque las partes separadas, para que vuelvan a convivir. Como la escultura de Chillida a la entrada de la Cancillería de Berlín. Decían los romanos: *Da mihi factum, dabo tibi ius* («Preséntame un hecho, y te devolveré un derecho»). Ahora les voy a presentar un hecho insólito, algo que muchas personas no ven, pero que merece recordarse en España y fuera de España. Desde que surgió ETA en el País Vasco, allá por los años sesenta, cientos de víctimas directas, miles de víctimas indirectas, aunque parezca increíble, ni una sola vez han pretendido vengarse ni tomarse la Justicia por su mano. Ante este hecho impar, los penalistas creamos un derecho. Mejor dicho, reconocemos el nuevo derecho que adquieren las víctimas: alcanzan la cumbre de la dignidad humana por su talante heroico en favor de la convivencia horizontal. Por su aprecio –silente y elocuente– del poder judicial, renuncian a la venganza. Así anuncian la necesidad de la justicia sancionadora. Anuncian algo fundamental: que presentar a los delincuentes graves ante los Tribunales pertenece a los deberes insoslayables, ineludibles, del ciudadano. Que encubrirlos, o colaborar activamente con ellos, se sanciona como delito en todas las legislaciones democráticas. Renuncian a la violencia; así enuncian, con E. Ruiz Vadillo: «El Derecho Penal se erige en defensor máximo de los valores más esenciales de una sociedad»... Sin la sanción penal, la dignidad de la persona, la existencia con un mínimo de respeto, no se puede garantizar. A través del Derecho y la

Justicia penal llegan la armonía social, la belleza, la convivencia. En pocas palabras, la paz brota de la Justicia. Quienes afirman que nace del diálogo –distinto de la mediación jurídica–, y hablan sólo de «conflicto y enfrentamiento» (no de crimen y terrorismo), se enquistan en teorías hace varios decenios superadas. Lo aclara desde diferentes perspectivas y matices José Ramón Recalde.

Como el Derecho Penal, también la Criminología nos manifiesta que las víctimas aportan una contribución fecunda a la convivencia universal. Son ellas quienes, ya en el Congreso Mundial de Criminología (Budapest, 1993) y en el reciente Symposium Internacional (Lovaina, diciembre 2001) motivan un giro copernicano de la Justicia penal. Pergeñan una revolucionaria cosmovisión que transforma radicalmente la tradicional, vindicativa, en «restaurativa». En el sitial de Hugo Grocio colocan la reparación *completa* y dinámica de los perjuicios actuales y futuros causados por el crimen. Reparación que llega más allá de la indemnización pecuniaria (fundamental, pero no lo más importante). Reparación *completa*, iluminada por una filosofía existencial, postheracliana, según la cual todos los daños producidos por el delito son, en cierto sentido, metarracionales, metafísicos y reversibles (R.P. Feynman prueba que lo físico es irreversible, pero no lo metafísico). De manera que a las víctimas se les puede –y debe– devolver todos sus derechos privados y públicos, incluso su protagonismo en la vida política, etcétera. Se les debe liberar –individual y colectivamente– del autismo impuesto o, al menos, pretendido por los victimarios. Desgraciadamente, en España, ni ellas ni sus asociaciones tienen todavía la paz, la palabra y la libertad que merecen. Menos aún en el País Vasco. Exigimos para ellas poder llevar a sus hijos al colegio, poder mantener abierta su librería señera en la parte vieja de San Sebastián... A la Criminología hemos de agradecer también una adición conceptual y estadística: descubre que, además de las víctimas directas e indirectas hasta hoy conocidas, existen también muchas otras antes inexistentes, ignoradas. Las podemos denominar «víctimas anónimas». Personas, por ejemplo, que, conocedoras del peligro que implica ir con tal amigo en el coche o de paseo, sin embargo, lo acompañan... conscientes del riesgo que corren. Se dejan afectar voluntariamente por el terrorismo, en formulación de Jon Sobrino. La ciencia y praxis criminológica bucea dentro de las personas y de los acontecimientos, algo así como el jesuita Hopkins (*the Instress*), y adivina el alma de las cosas (de la que gusta escri-

bir Blasco Ibáñez). La Criminología nos evidencia que las víctimas, en el nivel hondo de la realidad fontal, logran la victoria siempre, aun cuando aparentemente figuren como vencidas. Antígona triunfa, sin duda, sobre Creonte.

Unas palabras ahora acerca de la rama tercera de nuestro árbol: la Victimología. Otra vez, aquí las víctimas –fallecidas y no fallecidas– influyen eficazmente y de múltiples maneras en pro de la convivencia. Por brevedad, indico sólo un dato: ellas han conseguido que el Consejo de la Unión Europea haya adoptado la *Decisión marco* de 15 de marzo de 2001, que regula el proceso penal sobre el axioma de que los jueces han de procurar, ante todo, el interés superior de las víctimas. Los Tribunales, en caso de duda, no aplicarán el *in dubio pro reo,* sino *in dubio pro victima;* reconocerán la preeminencia de las víctimas. Éstas ocuparán permanentemente el centro de la Política criminal. El Código penal continuará siendo el protector de los criminales, como avizoró Dorado Montero, pero será más el protector de las víctimas. La Victimología fomenta una cultura protectora, totémica, como la que enriquece Ibarrola en sus troncos pintados cuando restriega con ahínco el color en la superficie de sus pinos, para que toda la madera, toda su textura, quede impregnada de color, de protección..., y a veces, constata él, entre árbol y árbol «se filtra el cielo en la lejanía».

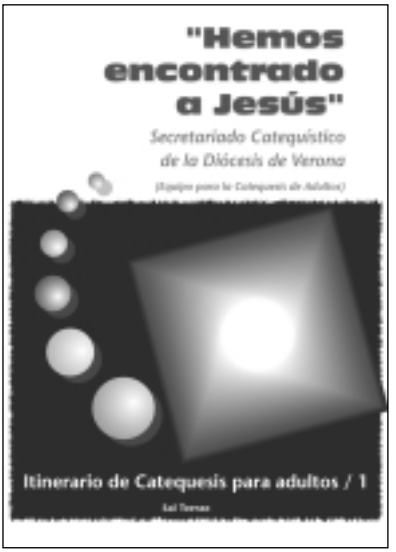
Hasta aquí hemos hablado principalmente de la convivencia horizontal, entre ciudadanos. Escuchemos finalmente la voz que emerge de las grandes religiones sobre la convivencia vertical, trascendente. Si ustedes visitan la catedral de Lovaina, les llamará la atención el altar mayor. Una gran piedra marmórea, regalo de las víctimas belgas que lograron salir de los campos de concentración nazis. Al contemplarlo, viene a la memoria el mensaje paradójico: *Bienaventurados los que sufren por amor de la justicia.* Pertenece al núcleo de las religiones, ya antes del *homo erectus,* el hacer memoria de las víctimas. También en la capilla de San Pablo, a pocos metros de las Torres Gemelas, Giuliani, el alcalde de Nueva York, ha pedido que el *nivel cero* se transforme en un memorial sacro. Requerimos que las capitales del País Vasco y del resto de España erijan monumentos a las víctimas del terrorismo. Sirven de ejemplo, además de Valencia, muchas ciudades alemanas, no sólo Berlín. Pues la convivencia de hoy y de mañana no se construye sobre el olvido.

Palabras conclusivas. Hemos comentado algunos frutos del árbol de la justicia que nos han brindado las víctimas con su compromiso ético sin fisuras, con su caminar paradigmático por la experiencia profunda de los valores de verdad, paz y reconciliación pacífica. Ellas nos sacan de la caverna de Platón en la que realmente vivimos y nos facilitan la libertad y la convivencia fraterna (artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos). Jamás les agradeceremos bastante todo lo que continuamente nos aportan para la alteridad comprensiva, agápica. Gracias a las víctimas, pronto llegará la paz al País Vasco y a España.

Gracias, Fundación «Profesor Manuel Broseta». Gracias, amigas y amigos.

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



He aquí un libro –primero de una serie de 10– que pretende ayudar a los adultos a encontrarse con la figura de Cristo a través de algunos episodios de los Evangelios, referidos en particular al encuentro del Salvador con adultos pecadores, con adultos en dificultades, que se acercan a Jesús en una actitud de fe. Se invita al creyente a identificarse con ellos. La primera parte se dedica a la comprensión y meditación de los textos bíblicos. Para cada uno de ellos se propone una oración inicial, un texto concreto, un análisis del mismo, con su actualización, y una oración final.

La segunda parte, metodológica, se dedica a la organización por parte de los catequistas de unas meditaciones con los adultos sobre los mismos temas, con fichas, una propuesta larga, una propuesta breve y unas celebraciones finales. Todo, dentro de un completo plan ya experimentado de catequesis para adultos.

192 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,40 €**

ST 90 (2002) 233-245

Esperanza que perdura en la vida de cristianos amenazados

Eduardo LÓPEZ AZPITARTE*

1. Introducción

Hace ya muchos años –los dos protagonistas murieron hace bastante tiempo–, presencié en la sacristía de una catedral, y delante de otros testigos, un diálogo cariñoso, pero no exento de realismo. El Obispo le recriminaba a uno de sus canónigos: *«Don Miguel, usted tiene que hacer lo que yo diga, porque tengo gracia de estado para mandar bien»*. La respuesta espontánea e inmediata también fue concisa: *«Don Rafael, pero si yo no creo en esa gracia de estado...; porque yo tengo igualmente gracia de estado para obedecer y no obedezco»*.

Anécdota al margen, este simple episodio puede convertirse en un pequeño símbolo de la situación que hoy se está viviendo en la Iglesia. No se trata ahora de hacer una valoración para ver quién estaba más en lo cierto; ni mucho menos, determinar la parte de veracidad o de engaño que pudiera encontrarse en ambas afirmaciones. Este hecho manifiesta, aun a nivel reducido, la tensión que hoy se constata en la comunidad cristiana entre la autoridad que manda, orienta y exige y aquellos que no se doblegan con facilidad a las orientaciones recibidas. Para muchos, tampoco la gracia de estado para asegurar un mandato o enseñanza resulta siempre eficaz, pues requiere una colaboración y un esfuerzo humano que nadie podrá ahorrarse. Y cuando existe esa desconfianza por ambas partes, es muy difícil que se llegue a una mayor comunión.

El problema, aunque haya existido siempre de forma más o menos llamativa, alcanza hoy un mayor relieve. El Vaticano II supuso en muchos ambientes eclesiales una brisa de aire fresco que despertó grandes esperanzas. Se abrieron nuevos horizontes teológicos que estaban anclados en esquemas demasiado tradicionales, como

* Jesuita. Profesor de Teología Moral en la Facultad de Teología de Granada.

lo demuestra los documentos preparatorios, rechazados en su mayoría, y las nuevas propuestas que se aprobaron. Basta repasar la enorme bibliografía y los comentarios que se editaron por aquel tiempo para darse cuenta de las muchas ilusiones que brotaron.

Ahora, cuando vamos a cumplir los cuarenta años de su inicio, el ambiente que se respira es bastante diverso, aunque los motivos que se aducen para explicar este cambio sean opuestos y contradictorios. En el diagnóstico no existen demasiadas coincidencias que permitan una explicación unánime. Quien se acerque hoy a la realidad podrá constatar sin mucho esfuerzo que existe una doble postura.

Ya hubo, durante la celebración de sus sesiones, momentos de conflicto y oposición que revelaban con toda claridad la existencia de grupos opuestos, sobre todo en aquellos temas algo más controvertidos. La carta de los obispos españoles a Pablo VI pidiéndole que no se publicara el decreto sobre la libertad religiosa, cuando la inmensa mayoría había dado ya su parecer positivo[1], o la fuerte crisis que se vivió durante los últimos días del concilio, centrada en el capítulo sobre el matrimonio y la familia[2], son ejemplos significativos de estas visiones diferentes, que han ido aumentando con el paso del tiempo.

2. La constatación de un diagnóstico opuesto

Para un grupo de corte más conservador, sin querer darle al término ningún sentido peyorativo, el cambio ha sido muy positivo y necesario. La Iglesia ha enderezado un rumbo que se había hecho demasiado ambiguo y peligroso. Bajo el amparo de las enseñanzas conciliares, surgieron interpretaciones que parecían desviadas, se abrieron caminos que se alejaban de la tradición. Todo ello generó confusión, un exceso de pluralismo, demasiadas opiniones contradictorias y la amenaza de otras consecuencias que terminarían siendo bastante perjudiciales.

1. J. IRIBARREN, «La libertad religiosa. Una carta inédita de los obispos españoles a Pablo VI»: *Teología y Catequesis* 41-42 (1992) 153-170.
2. Una historia muy documentada sobre todo este suceso, en H.Y.L. BUELENS – J. GROOTAERS, *Mariage catholique et contraception*, Epi, Paris 1968, 167-192. (Trad. cast.: Península, Barcelona 1969).

Con alegría se aceptaron las diversas intervenciones de la autoridad para poner orden, puntualizar los puntos discutidos y cortar con energía las enseñanzas e interpretaciones que no se acomodaban con el magisterio tradicional. Frente a una situación difícil, como la que se ha vivido en estos últimos años, parece que se está volviendo al buen camino. La marejada del concilio, que pudo convertirse en tormenta, se ha querido apaciguar. Para los que quieran, por lo menos, las orientaciones a seguir son suficientemente claras y aportan las oportunas soluciones. No queda otra alternativa que la obediencia y sumisión a lo que la Iglesia ha determinado con la garantía de su autoridad.

Pero para otro grupo, sin embargo, que yo me atrevería a considerar como mayoritario, el diagnóstico anterior no resulta tan positivo. Existe la impresión de que se ha dado un paso atrás, una especie de regresión hacia posturas más tradicionales y conservadoras. El panorama optimista que se abrió con el concilio se ha oscurecido en exceso; las esperanzas se quedaron a medio camino, y bastantes de las intuiciones primeras han terminado por difuminarse. No quiero señalar puntos concretos, para no entrar en discusiones que aparten de aquello en lo que ahora nos interesa insistir: la existencia de esta diversidad.

Y no me refiero a ese fuerte contingente de cristianos, con una fe mortecina o apagada, que prescinden casi por completo de la Iglesia o que viven al margen de ella, con una religiosidad de fondo o con unas normas de comportamiento elaboradas por su propia subjetividad. Las orientaciones eclesiales han perdido por completo su credibilidad, sobre todo en ciertos ámbitos específicos. Frente a las intervenciones de la jerarquía en problemas teológicos o de moral práctica, se advierte una indiferencia progresiva, cuando no una actitud severamente crítica o de ironía y agresividad. No sería justo, sin embargo, creer que el descontento es patrimonio exclusivo de este grupo marginado, y que la causa del malestar se debe a su lejanía afectiva respecto de la institución.

Ni justo ni verdadero, a no ser que toda la explicación se atribuya a mala voluntad y desafecto, como se inculpa con demasiada frecuencia a todas las personas que participan de esta situación.

Son muchos también los que no se sienten a gusto, creen que ha existido una vuelta hacia atrás, experimentan un cierto desencanto y desilusión, ven con pena cómo la sociedad se vuelve insensible al anuncio salvador de la Iglesia, pues no llegan a comprender el men-

saje que se les ofrece. Y ellos mismos tampoco quedan convencidos ante algunas enseñanzas, o les duelen posturas y actuaciones que no se acercan al evangelio de Jesús.

Sin embargo, sería trágico, a la vez que una salida demasiado cómoda, explicar que todo ello es fruto de la perversión, de falta de humildad, de un orgullo autosuficiente, de cerrase a la voluntad de Dios y de no vivir la comunión eclesial. Se trata de personas que reconocen el papel de la Iglesia y de su magisterio; que la aman y están dispuestos a dar la vida por ella; que desean comprometerse en la realización del Reino; que, a pesar de las frustraciones, están convencidas de que vale la pena comprometerse con esas tareas; que no se resignan a cruzarse de brazos y luchan y se esfuerzan por transmitir una nueva imagen, más atractiva y seductora, de la fe y de la institución eclesial. Si la vida presenta esta división, nadie puede eximirse de un sufrimiento inevitable, aunque aquí también esté provocado por factores diferentes.

3. La experiencia del dolor en los grupos más sumisos y obedientes

La fidelidad no es algunas veces tan limpia como parece. En el psiquismo de todos los individuos actúan determinados mecanismos que influyen y condicionan más que las razones superficiales que se aportan. Se ha demostrado que cuanto más *religiosa* es la persona, tanto mayor es el peligro de que su obediencia se haga menos racional, hasta incurrir en comportamientos más deshumanizantes. Y la revelación nos enseña que hay que estar «dispuestos siempre a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida una explicación» (1 Pe 3,15). La teología es un intento de hacer razonable la palabra de Dios, pero no para dificultarla aún más.

Tampoco es extraño que algunas psicologías necesiten la seguridad y la garantía del mandato, porque son incapaces de situarse entre el blanco y el negro y no quieren otro lenguaje que el sí o el no. La autoridad asegura y elimina el miedo a la incertidumbre. Incluso es posible que con su docilidad se consiga el beneplácito del poder, que también gratifica y puede recompensar. Si algún día existiera un cambio de orientación, tampoco tendrían dificultad en avanzar por otros caminos. Lo importante es responder a las expectativas de arriba, para obtener el aprecio y dejar abiertas nuevas

posibilidades. Todos sabemos de teólogos que fueron más abiertos y liberales hasta que sintieron el peso de la responsabilidad. Ni en la dinámica actual de la Iglesia es pensable que sean promovidos aquellos que no se amoldan a las directrices actuales, como se manifiesta en los mismos informes que se piden.

Decir esto no significa nada más que hablar de posibilidades, que la realidad confirma en ocasiones. Pero, sin duda, una gran mayoría están convencidos de las opciones tomadas por la Iglesia y que ellos asumen sin dificultad, porque tienen además la certeza de que la obediencia es el medio más seguro para no equivocarse.

Por eso, las críticas que reciben desde fuera las viven con dolor, pero con la alegría de que nacen como consecuencia de su fidelidad. Por seguir a Jesús hay que pagar también un precio, que implica la poca estima y afecto de que gozan en otros ambientes. Siguen con la conciencia de que defienden la verdad, de que mantienen la tradición limpia de todo elemento perturbador, con la esperanza de que algún día la comunidad cristiana compartirá por completo sus ideales.

Poseen, sin embargo, una extraordinaria ventaja. Si aplicásemos un lenguaje político, que aquí ciertamente no resulta el más adecuado, diríamos que hoy llevan las de ganar. Son los grupos que hoy gozan de mayor apoyo en los estamentos institucionales, son propuestos como modelos de vida cristiana y reciben las alabanzas más entusiastas. La gran recompensa que tienen, por encima de los ataques que puedan soportar, es el afecto incondicional de la autoridad. Lo que está claro es que sobre ellos no pende ningún tipo de amenaza o desaprobación.

4. La otra cara de la medalla

No es idéntica la situación de otro numeroso grupo de cristianos que ahora viven en la Iglesia una etapa también dolorosa. Es posible que aquí, como hacíamos notar con anterioridad, existan otros factores condicionantes. Personas inmaduras que no aceptan la autoridad; agresividades latentes que fomentan la protesta y el inconformismo; ilusos que se apropian con facilidad el papel de profetas; incluso individuos que sienten la necesidad de vincularse con las ideas más progresistas, para que nadie les considere conservadores. Son igualmente posibilidades que los hechos confirman. Pero no todo radica en problemas psicológicos. Ya insistí antes en el cariño y generosi-

dad de muchos cristianos comprometidos que, de una u otra forma, buscan un cambio hacia lo que ellos consideran una mejora.

Se podrá estar equivocado, aunque el sentimiento que a muchos afecta por dentro nadie tiene derecho a negarlo. Y hasta la misma realidad parece que aporta datos suficientes para su justificación. Si antes decíamos que la autoridad promueve y estimula una determinada orientación más tradicional y conservadora, es lógico que todo el que tenga dificultad para integrarse en esta dinámica experimente rechazo y marginación. Existe un clima generalizado de desconfianza frente a todos aquellos que no comprenden o no aceptan los esquemas vigentes, o se sospecha que así es. Se pretende casi una absoluta unanimidad, sin discrepancias u otras posibles interpretaciones. Las críticas y acusaciones han aumentado, sin esforzarse a veces en buscar una explicación aceptable. Resultan dolorosos ciertos comentarios cuando ni siquiera se ha captado bien la idea que se manifiesta. Una presión ambiental se impone, porque hay que pensar muy bien lo que se quiere decir y cómo decirlo, para que no despierte de inmediato recelos y desconfianzas.

No creo exagerado afirmar que vivimos una época parecida a la que ya vivió la Iglesia a comienzos y mediados del siglo anterior. Costó mucho trabajo integrar en su doctrina los nuevos avances en el campo de la Escritura. Lo mismo que la renovación teológica, en la década de los cincuenta, provocó otra serie de condenas y prohibiciones. En ambas reformas, bastante creyentes pagaron la osadía de abrir nuevos caminos: libros prohibidos, teólogos apartados de sus cátedras o condenados al silencio. Sin embargo, cuando ahora se leen los numerosos documentos publicados en aquellos años contra las nuevas aportaciones bíblicas, es inevitable una sonrisa de benevolencia. O alegra saber que los teólogos sospechosos fueron los renovadores del Vaticano II, y hasta la propia Iglesia les reconoció los méritos y los servicios prestados confiriéndoles dignidades eclesiásticas. Gracias al sufrimiento, paciencia y fidelidad de estos cristianos amenazados, la propia Iglesia terminó enriqueciéndose con su trabajo.

El mismo Juan Pablo II exigía a los teólogos alemanes que hicieran nuevas propuestas, como una oferta que se hace al propio magisterio para que sean corregidas y analizadas en un diálogo fraterno, hasta que la Iglesia pueda aceptarlas. Y en Salamanca insistía en una fidelidad a la tradición, pero que fuera al mismo tiempo creativa para responder a los desafíos actuales. La práctica, sin

embargo, no parece que vaya por este camino. Cualquiera que se haya atrevido a ir un poco más adelante de las pautas trazadas queda señalado como peligroso y disidente. Son bastantes también los que mantienen unas apariencias externas para prevenir conflictos y no crear más tensiones, pero con un malestar interior que se guardan en el silencio. Incluso personas con responsabilidades que manifiestan en privado su descontento, pero que no se atreven a opinar en público, por no entorpecer la comunión eclesial.

Sé muy bien que estas afirmaciones se pueden adjetivar de exageradas, poco precisas, demasiado genéricas, poco imparciales, necesitadas de ulteriores aclaraciones... Ya dije que no busco discutir puntos concretos, sino constatar el ambiente que hoy se respira. Y estoy seguro de que son muchos los que, con enorme honradez y sinceridad, participan de esta misma impresión, al margen de otras matizaciones secundarias. ¿Qué futuro nos queda, pues, por delante? ¿Es posible descubrir semillas de vida y esperanza en este pequeño desierto?

5. Un esfuerzo de sinceridad por parte de todos

Sería un presupuesto necesario del que nadie debería excluirse, pues en todos influyen determinados condicionantes. Habrá que excluir cualquier actitud mentirosa que rompa o pervierta la verdad que ha sido transmitida por la tradición y enseñada por el magisterio. Renunciar a este patrimonio por un deseo de novedad o de «progresismo» supondría una lamentable equivocación. Son siglos de historia que aportan una profunda sabiduría para no partir siempre de cero, como si el pasado no tuviera nada que enseñar en estos momentos. Identificar el cambio y la evolución necesaria, para no vivir fuera de la realidad, con un pleno relativismo, como si nada tuviera estabilidad y permanencia, es un signo de inmadurez. Lo nuevo no constituirá nunca un progreso mientras no se dé un acercamiento reflexivo. Creer que todo comienza ahora es una gran insensatez, pues la comunidad cristiana ha recorrido ya un largo camino que es irreversible y del que no podemos renegar. Sin un cariño sincero hacia esa tradición, cualquier crítica resultará siempre algo sospechosa. Y ese desafecto se hace presente con alguna frecuencia en el corazón de algunos cristianos. Superar ciertas agresividades ocultas o esa indiferencia afectiva es un requisito que obliga al análisis y purificación de tales elementos.

Pero el mismo Vaticano II nos recuerda otro aspecto que no podemos soslayar: «las instituciones, las leyes, los modos de pensar y sentir, heredados del pasado, no siempre parecen adaptarse bien al actual estado de cosas»[3]. Una confesión explícita de que la verdad no ha sido descubierta aún de manera definitiva y exige un esfuerzo constante para continuar en su conocimiento progresivo. Es más, reconoce humildemente, a pesar de la revelación, que no posee «siempre la inmediata respuesta a cada cuestión»[4], e invita a los cristianos a unirse a los demás hombres «en la búsqueda de la verdad y en la solución de tantos problemas como surgen en la vida individual y social»[5].

Por eso creo que la infidelidad no consiste sólo en negar la verdad reconocida y aceptada, sino que existe otro espíritu mentiroso, mucho más sutil y oculto, que se niega al reconocimiento y la apertura a las nuevas matizaciones de la tradición, y que se cierra ante cualquier posible cambio. Existen fidelidades que no nacen para defender un valor fundamental contra el desgaste del tiempo, sino por la inercia de una costumbre que ya no tiene sentido, o por la obstinación cómoda de quien prefiere la rutina, sin atreverse a recrear el pasado.

La misma resistencia al cambio tiene raíces psicológicas, pues cualquier evolución provoca un sentimiento de inseguridad ante un futuro que aún no está fraguado y constituye una amenaza para el orden establecido que rompe la cohesión del grupo. De ahí la tentación de absolutizar lo que ya hemos conseguido. El individuo, como la sociedad, busca su propia permanencia, que sólo se consigue cuando se logra una síntesis, después de muchos esfuerzos y trabajos, que responda a las amenazas e incertidumbres del propio ambiente. Y cualquier cambio en esa estructura provoca una sensación de vacío y de soledad, como si algo querido se perdiera. Por eso la evolución no es posible sin reconciliarse con la propia mortalidad, simbolizada en aquello que tenemos que abandonar y a lo que estábamos apegados por un instinto de tranquilidad y supervivencia. En este proceso hay que aceptar la experiencia de un duelo, la muerte de algún ideal con el que se estaba identificado, no por abandono o traición, sino para comprometerse con una verdad que se ilumina con nuevos matices.

3. *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy,* 7.
4. *Ibid.,* 34.
5. *Ibid.,* 16.

De ahí que no siempre resulte fácil mantener el equilibrio entre una doble tentación que brota en estos casos: la de mantenerse inmóvil y anclado en la tradición, o la de sentirse atraído de inmediato por la novedad de lo inédito. Häring reconocía que en la Iglesia existe una «neurosis de paternalismo»[6]. Frente al desconcierto que algunos experimentan por el pluralismo existente, se busca la unión con el poder de la autoridad y una vigilancia extrema sobre cualquier posible desviación. La docilidad que se consigue en estas circunstancias no brota del respeto amoroso ni del convencimiento personal, sino del miedo a sufrir las consecuencias. Nada hay más peligroso que sacralizar la norma para darle mayor énfasis; presentarla como patrimonio absoluto de la tradición cuando, a lo mejor, es fruto de pequeñas tradiciones[7]. Si hoy es éste, tal vez, el mayor peligro, tampoco hay que excluir la precipitación excesiva. Ser conscientes de ambos riesgos abre un camino de esperanza.

6. La teología implícita en el conflicto

Hace ya algunos años, la Comisión Teológica Internacional publicó un documento sobre la relación entre la teología y el magisterio, donde hablaba de la inevitable tensión entre ambas funciones. La autoridad de esta Comisión impide catalogar este fenómeno como un acto de rebeldía o como un gesto falto de amor hacia la institución eclesial. Lo valora, en primer lugar, como un hecho que no tiene nada de anormal o de extraordinario: «no es extraño, ni hay que esperar que pueda solucionarse alguna vez por completo en esta tierra». Y lo considera, además, como algo positivo y enriquecedor, pues «no supone enemistad ni auténtica oposición, sino un esfuerzo vital y un estímulo para cumplir juntos, en forma de diálogo, el

6. B. HÄRING, «La ética teológica ante el tercer milenio del cristianismo», en (AA.VV.) *Conceptos fundamentales de ética teológica*, Trotta, Madrid 1992, 19.
7. Ver M. SOTOMAYOR, «Historias, historia y condicionamiento histórico»: *Proyección* 40 (1993) 225-240. J.I. GONZÁLEZ FAUS (*La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesiástico*, Herder, Barcelona 1996) ofrece abundantes hechos históricos para comprender el cambio de ciertas tradiciones. También M. VIDAL, «Progreso en la Tradición moral» y «Notas sobre el valor de la Tradición y de las tradiciones en Teología moral»: *Moralia* 22 (1999) 39-56, y 23 (2000) 121-138.

propio oficio de cada uno»[8]. La última Instrucción sobre este tema repite la misma idea: «si las tensiones no brotan de un sentimiento de hostilidad y de oposición, pueden presentar un factor de dinamismo y un estímulo que incite al Magisterio y a los teólogos a cumplir sus respectivas funciones practicando el diálogo»[9].

Si el cambio y la evolución son necesarios para no caer en una esclerosis lamentable, la única esperanza que aún queda es que no falten nunca los cristianos incómodos, los teólogos *rebeldes*, los insatisfechos que no pierden la ilusión de buscar nuevos horizontes, a pesar de los recelos provocados[10]. Si la única alternativa en la Iglesia fuera repetir exclusivamente y al pie de la letra lo que el magisterio afirma, como hoy se vuelve a decir y se quiere imponer, no existiría ninguna posibilidad de avance. Antes de que la autoridad oficial apruebe una nueva orientación, esa idea ha tenido que gestarse con anterioridad en otros niveles inferiores. La historia demuestra, según hemos dicho, cómo tales discrepancias fueron fecundas para el progreso de una doctrina, que puede terminar siendo confirmada con posterioridad, o habrán servido al menos para clarificar mejor el depósito de la fe.

No supone ningún descrédito para la autoridad el reconocer que su carisma y función no se centra precisamente en ser agente de cambio, entre otras razones, porque tiene mucho que perder si no mantiene la estricta fidelidad a lo que está mandado. Bastante tiene con mantener la armonía, cohesión y unidad del grupo para evitar el peligro de la desintegración: una tarea que también resulta imprescindible y que es de agradecer. Pero ciertas verdades nunca podrán decirlas quienes están condicionados por el miedo a las posibles consecuencias. Y ese miedo existe hoy en la Iglesia. Incluso el valor magisterial de las Conferencias Episcopales se ha eliminado en la

8. «Theses de Magisterii ecclesiastici et Theologiae ad invicem relationem», 9 (1975), en *Documenta (1969-1985)*, Editrice Vaticana, Roma 1988, 136. Cf. además el breve pero realista comentario que a continuación se inserta, p. 155.
9. Véase la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, «La vocación eclesial del teólogo», n. 25: *Ecclesia* 2.483 (1990), 20-30.
10. Recomiendo la lectura de J. VITORIA, «Los conflictos en la Iglesia»: *Sal Terrae* 80 (1992) 775-784; J.M. LABOA, «Los cristianos incómodos»: *Sal Terrae* 78 (1990) 291-302, y «Teólogos bajo sospecha»: *Sal Terrae* 84 (1996) 107-116; B. HÄRING, «La disidencia en la Iglesia»: *Éxodo* 36 (1996) 47-53; E. LÓPEZ AZPITARTE, «De la obediencia a la transgresión»: *Razón y Fe* 233 (1996) 579-591; W. BEINERT, «Diálogo y obediencia en la Iglesia»: *Selecciones de Teología* 39 (2000) 61-70.

práctica, a pesar de las críticas recibidas contra esos intentos para que nadie pueda encontrar apoyo en sus declaraciones, por las veces que han ofrecido matizaciones a la doctrina oficial[11].

7. También la desobediencia resulta en ocasiones positiva

Por eso, no toda transgresión –es decir, avanzar un poco más de los límites, cuando no está en peligro el depósito de la fe– es condenable. Es la lógica e inevitable tensión entre la autoridad, que busca defender la unión e intenta mantenerla a base de docilidad y obediencia, y la nueva fuerza que se despierta como una amenaza peligrosa, pues viene a romper el equilibrio existente y la cohesión conseguida.

Tampoco es necesaria ninguna interpretación maniquea, entre buenos y malos, ya que en esas situaciones de cambio existen demasiadas nebulosas para distinguir con claridad entre la voz del Espíritu Santo y aquellas otras que pueden parecerlo. Los responsables se sienten obligados a defender el patrimonio recibido para que la evolución no se convierta en un desastre. Y el remedio más eficaz para evitar cualquier renovación ha sido siempre el desprestigio y la condena de los que vislumbraban mejores horizontes. De esa manera, mientras sean considerados como pecadores o rebeldes, disminuye su posible influjo en el ambiente y se vacuna a los demás contra el peligro de contagio. Mientras la transgresión despierta sentimientos de culpabilidad y arrepentimiento, se confirma la cohesión y el orden establecido; pero en la medida en que tales sentimientos disminuyen, se facilita su posterior incumplimiento y la ampliación de sus fronteras.

Como, además, muchas transgresiones terminan en el fracaso y resultan estériles, su recuerdo se utiliza como argumento para legitimar la normativa vigente e impedir que otros se dirijan por nuevos

11. Cf. el interesante artículo de A. ANTÓN, «El munus magisterii de las Conferencias episcopales. Horizonte teológico y criterios de valoración»: *Gregorianum* 70 (1989), 741-778, donde critica también este intento por reducir su valor. En la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, después de afirmarse el valor magisterial de cada obispo en su diócesis, sólo se indica que «las Conferencias episcopales contribuyen a la realización concreta del espíritu (*affectus*) colegial»: *op. cit.* (n. 9), n. 19. L. ÖRSY, «Las Conferencias episcopales y la fuerza del Espíritu»: *Razón y Fe* 241 (2000) 153-164.

caminos. Lo que no se dice es que en otras muchas ocasiones también resultaron positivas y sirvieron como punto de arranque para los cambios posteriores. Entonces, cuando la autoridad los confirma, e incluso cuando recompensa y alaba más adelante a los que censuró con anterioridad, los más tranquilos y observantes caminan ya con buena conciencia por senderos que otros abrieron con una desobediencia fecunda y dolorosa.

Por eso, como la tranquilidad definitiva nunca resulta posible –y sería, además, un signo de que la vida languidece y se esclerotiza–, es bueno que brote de vez en cuando la protesta, el inconformismo o la contestación que impidan anclarse en una etapa del camino. Cualquiera que analice un poco la historia, incluso la más reciente, tendrá que admitir que los cambios han sido fruto de los hechos consumados. Lo que al principio se consideró un gesto de indisciplina o de desobediencia, una conducta propia de personas rebeldes e inobservantes, termina imponiéndose más tarde como algo normal y confirmado por la misma autoridad. Muchos santos y todos los revolucionarios fueron molestos, sospechosos y criticados por las autoridades competentes, ya que resultaban peligrosos para los esquemas teológicos, culturales o políticos del momento. Con el paso del tiempo y la valoración histórica, sólo nos queda ahora la cosecha de aquella siembra, que agradecemos, pero dejamos en el olvido el dolor, los conflictos y el esfuerzo que supuso, cuando fueron condenados como traidores, iluminados, locos o equivocados.

8. Un perdón que no debe excluir el presente

Juan Pablo II, en contra de los que no deseaban ese gesto, quiso pedir perdón por los errores cometidos por la Iglesia en los tiempos pasados. Además de las bellas páginas que los cristianos hemos escrito, hay también muchas sombras y deficiencias que forman parte de nuestra historia. Es cierto que, desde nuestra perspectiva actual, no se pueden valorar hechos que acontecieron en otro contexto muy diferente; pero tampoco es lícita su justificación, como si no fueran imputables tales episodios. Hubo dureza, violencia, persecución, condenas, valoraciones precipitadas, demasiada ambición, benevolencias cobardes, excesiva prepotencia, falta de diálogo y de comprensión... que hicieron sufrir a muchos e impidieron otros logros positivos. No hay que avergonzarse de ese lastre, aun-

que ahora nos duela no haber actuado de otra forma; ni hay que buscar explicaciones triunfalistas para no reconocer la realidad como fue, por un narcisismo colectivo que pudiera afear nuestra imagen. Los errores y equivocaciones, al margen de las culpabilidades personales que se dejan en manos de Dios, nos han acompañado también en nuestro caminar. Se aceptan con honradez y se confiesan sin temor.

Pero sería lamentable sentirse satisfecho por esa demanda de perdón, mirando exclusivamente hacia atrás. El arrepentimiento, si es verdadero y no un gesto para la galería, lleva consigo el propósito de la enmienda. Ese pasado del que nos arrepentimos no está siempre superado en el presente. «Aún hoy día, en nuestra Iglesia podemos tropezar con algunas "formas" de gobierno» que enturbian el mensaje luminoso del Evangelio»[12].

9. Conclusión

Nadie vea en estas líneas una invitación a la desobediencia, ni mucho menos una crítica a la difícil labor de la autoridad en tiempos de crisis. Es una invitación a la comunión y al diálogo. Cuando la solución de los asuntos interesa más que la preocupación por las personas, no hay posibilidad de encuentro. Y hoy son también muchos los cristianos que sufren por amor a la Iglesia, pero que no se sienten acogidos por ella. Me queda, sin embargo, la esperanza de que tales cristianos no desaparezcan, y que un día serán realidad las espléndidas palabras del cardenal Wojtyla en una de las sesiones del Vaticano II:

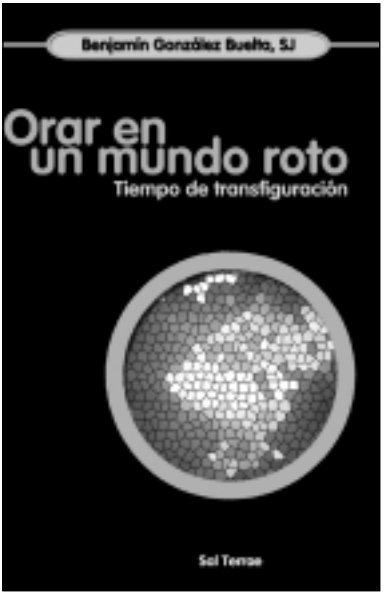
«No puede existir diálogo si la Iglesia se coloca por encima del mundo y no en el mundo. La Iglesia no debe presentarse al mundo como docente, pidiendo sólo obediencia y hablando autoritariamente, sino que más bien debe buscar, junto con el mundo, cómo encontrar la verdad; porque, si no, el suyo será un soliloquio»

12. «El perdón y las facturas pendientes»: *Razón y Fe* 241 (2000) 466. El editorial merece una lectura completa.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



El abismo entre la pobreza y la riqueza se ahonda cada día más. La cultura que se genera hoy en los países ricos llega hasta los rincones más apartados del mundo globalizado, ofertando su cargamento de mercancías y su estilo de vida, y choca con las culturas tradicionales, provocando dinamismos desintegradores. El pluralismo religioso, presentado la mayoría de las veces a ráfagas fugaces de imágenes curiosas y exóticas en las pantallas de los televisores, no siempre genera escucha y acogida, sino recelo e inseguridad. La cultura, la religión, la ecología y la justicia son en gran medida un campo de batalla.

Nuestro desafío es *orar en este mundo roto,* porque la ruptura no es lo último de la sociedad ni de la intimidad personal. En esta coyuntura también crece la obra de Dios como la dimensión más honda de la realidad y de toda persona. Si atravesamos no sólo una época de cambios profundos y acelerados, sino un «cambio de época», necesitamos una nueva mística y una nueva ascética.

200 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,80** €

ST 90 (2002) 247-256

Vida y muerte en Jesús de Nazaret

Jon SOBRINO*

La temática de este número, según la entiendo, es tan antigua como la humanidad: la experiencia primaria de la negatividad y de la positividad, de la muerte y de la vida, que nos rodea a todos. Pero el planteamiento no aparece siempre de la misma manera, y percibo que ahora se plantea desde un mayor ambiente de desencanto. Y es que el llamado «progreso» prometió más de lo que puede dar. Y persisten las catástrofes naturales (cuyas consecuencias no son puramente naturales, sino también socio-históricas) y abundan las catástrofes históricas (machismo, SIDA, terrorismo, barbarie de bombardeos, política corrupta, iglesias infieles a Jesús, etc.). Moltmann escribe sobre progreso y precipicio. Éste es claro en el Tercer Mundo, es decir, en la mayor parte del planeta. Y es tan claro que en todo el mundo se teme también al precipicio. De ahí la importancia de este número.

1. El horizonte desde Jesús

En este contexto, me han pedido una reflexión sobre cómo vivió Jesús la experiencia de vida en presencia de la no vida, del precipicio. Intentaré decir algo sobre ello, pero antes quisiera decir unas palabras sobre cómo abordar el tema desde el horizonte de la fe cristiana, inaugurada por Jesús: en definitiva, ¿qué tiene más fuerza: la muerte o la vida?

La respuesta cristiana es clara y positiva, lo cual no hay que aceptar como cosa sabida y rutinaria, sino como poderoso logro del espíritu del ser humano, llevado por el Espíritu de Dios. El cristianismo acepta muerte y vida sin disimular la muerte, el sufrimiento, todos los horrores de la humanidad. Afirma, pues, que existe el pecado (cada vez más desconocido en el mundo occidental) y sus

* Jesuita. Profesor de Teología en la Universidad «José Simeón Cañas» de San Salvador.

manifestaciones; y añade, además, que abunda. Pero afirma también que hay gracia (también desconocida) y que, además, superabunda. Afirma que hay cruz (quizás el dato más claro a lo largo de la historia), la que dio muerte a Jesús y sigue dándola a los jesuánicos, seguidores suyos explícitos o anónimos, y sobre todo a su cuerpo histórico en la historia, los masacrados, inocentes e indefensos, violentamente o lentamente, por causa de la pobreza. Pero añade que hay resurrección, la de la víctima Jesús y la de las víctimas de siempre. Afirma que hay potestades y dominaciones (bancos mundiales, emporios de opresión, industria armamentista) que todavía no han sido vencidos. Pero afirma que llegará un día en que todo ello será vencido, y Dios será todo en todo. En conclusión, el poder y la fuerza mayores están del lado de la vida.

Desde un punto de vista doctrinal y ortodoxo, la conclusión es clara: si así es Dios y su Cristo, la vida tiene que triunfar sobre la muerte. Y si Dios es un Dios de la historia, ese triunfo tiene que hacerse notar en la experiencia histórica, de modo que aceptar el triunfo de la vida se convierte en una de las «notas» de la fe, a través de la cual «se da a conocer» la verdadera fe. Esta importante intuición se desarrolló al tener que determinar cuál era la verdadera Iglesia, y lo más importante que ocurrió es la convicción de que ese ser «verdadera» se tiene que «notar» en algo; y de ahí las «notas de la Iglesia». Lo mismo, y más, habrá que decir de la verdadera fe.

Vayamos ahora a la pregunta existencial: ¿cómo experimentar, cómo llegar a la convicción de que la vida pervive en medio de la muerte? ¿Cómo afirmar esa primacía de la vida como cosa real? En definitiva, a eso sólo se responde en la realidad, pero desde Jesús se pueden aducir las «condiciones de posibilidad», que se decía antes, para que tal experiencia sea posible. Enumeramos a continuación las que, en nuestra opinión, son más decisivas.

Esencial es el *descentramiento.* Es una constante, desde Jesús, que el que quiere ganar *su* vida la pierde. En otras palabras, sin dar prioridad al *otro* no hay salvación ni experiencia humana positiva. Eso es lo que entendemos por «descentramiento». Sin exigir imposibilidades, queremos decir que, si el problema de muerte y vida se centra en *mi* muerte y *mi* vida, me temo que no hay solución. Preguntarse si hay vida, y cuánta, en la muerte que está ocurriendo en Afganistán, por ejemplo, descentra nuestra pregunta y hace posible una respuesta.

Ese descentramiento no lo debe originar simplemente el «otro», sino directamente el débil, el pequeño, el pobre y oprimido. Es la *parcialidad* en el descentramiento. Que la vida sea una fuerza mayor que la muerte, se va haciendo convicción propia si ponemos la mirada en los pobres de este mundo. En ellos puede aparecer la vida con una fuerza tal que tenga fuerza para superar nuestra debilidad ante el enigma y escándalo de la muerte en la propia vida y en la historia.

Al ver así las cosas debe acompañarle una dualidad central en todo lo cristiano: por una parte, praxis, y, por otra, el don y la gracia. En el intento sincero –en contra de la indiferencia cruel– de fomentar vida en un mundo de muerte de las mayorías, y en la apertura honrada –contra la prepotencia– a lo que venga del pobre, puede surgir, reforzarse y acrecentarse la convicción: es verdad que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia.

Por último –aunque, lógicamente, bien podría ser lo primero–, la *encarnación*, el «ser reales» en la *sarx* de este mundo, el participar por afinidad –no sólo por voluntad ni por conocimiento conceptual que pueden mantenernos ajenos a lo real– en la realidad del mundo de muerte, puede abrirnos a captar que desde ahí surja –y surge– la experiencia de vida. Es la experiencia específicamente cristiana.

2. La experiencia de Jesús de Nazaret

Hemos hablado desde el horizonte que abre Jesús de Nazaret para poder conceptualizar la experiencia de la «vida que no se agota» en medio de una realidad de antivida y muerte. ¿Y el mismo Jesús? ¿Se puede ver o rastrear en él algo de esto? No tengo suficientes conocimientos exegéticos, ni siquiera bíblicos, para adentrarme en tal aventura. Pero quizá podamos decir algunas cosas en base a los textos y en base a la experiencia actual –y sólo Dios sabe cuál de las dos fuentes está más actuante en estas reflexiones.

a) El mal que amenaza a Jesús. Por lo que toca a su propia vida, es obvio que Jesús experimentó el poder de la muerte. La persecución atraviesa toda su vida, desde el principio (al final de las cinco controversias que relata Marcos ya querían eliminarlo) hasta la cruz. Al programa inicial de la proclama del evangelio del reino de Dios y la

exigencia de conversión le acompañan las primeras curaciones y expulsiones de demonios, la llamada a discípulos y, centralmente, también la persecución. Ésta fue como el clima en que se desarrolló su vida. El evangelio de Juan da todavía mayor realce a la continua persecución a lo largo de toda su vida.

Y más allá de estas reflexiones, entre históricas y teologizadas, Marcos y Mateo comienzan a datar la vida pública de Jesús con estas palabras: «cuando hicieron preso a Juan, marchó Jesús a Galilea». Las palabras son de gran finura, pues nos introducen en algo central de la vida de Jesús mejor que solemnes proclamaciones: cuando a Juan, su maestro, preceptor, guía, o como se le quiera llamar, le impiden –¡y de qué modo!– predicar su mensaje, Jesús de Nazaret aparece en público para comenzar la suya, continuando así, de otra forma, la misión de un encarcelado. En El Salvador lo hemos comentado varias veces: asesinado Rutilio Grande, comenzó a predicar Monseñor Romero.

Hay gran hondura existencial en la decisión de Jesús. Pero no es eso lo que interesa recalcar ahora, sino lo obvio. Jesús, desde muy pronto, siente la realidad del mal en lo ocurrido a un profeta bueno. Es todo menos ingenuo con respecto al mal en el mundo. No parece sorprenderle que así sean las cosas. Y ve muy verosímil que ocurra con su persona: cuando los fariseos le comunican que han ajusticiado a Juan, Jesús se retira, se esconde. Al final de su vida, es evidente que Jesús tiene que encarar una realidad que es voluntad del Padre, sí, pero que es una realidad mala para él.

b) El mal que invade la realidad a su alrededor. Pero, además Jesús hace la experiencia de cómo el mal invade toda la realidad: ve a muchedumbres descarriadas, a enfermos sin saber a quién acudir, a oprimidos por el maligno, a publicanos, prostitutas, niños también, despreciados... Pedro dijo de Jesús que pasó haciendo el bien; pero el presupuesto histórico es que hizo el bien en medio del mal. Y no sólo eso: hizo el bien en contra del mal. Ese «contra» está muriendo hoy la muerte de mil olvidos y cualificaciones, pero es lo que hace de la práctica de Jesús no sólo una práctica buena, sino liberadora, en lo cual la Iglesia, la teología y la fe se juegan su ser cristianas.

Los evangelios dan también cuenta, y como algo esencial, de que Jesús percibe que el mal tiene poder («que el pecado tenga poder» sigue siendo la gran aporía): los que gobiernan ponen car-

gas muy pesadas sin mover ellos un dedo, en nombre de Dios se manipula hasta lo más sagrado –atender a los padres en necesidad– y se hacen muchas cosas parecidas, y los epulones no se convertirán ni aunque un muerto resucite.

c) Mayores son las posibilidades del bien. En medio de todo eso, Jesús mantiene su opción en favor de la vida. Al nivel histórico social, en presencia y en contra del antirreino, proclama como cosa central que «el reino de Dios se acerca»; actúa bajo ese presupuesto hasta el final, y de ello habla en la cena. Conociendo reino y antirreino, vida y muerte, Jesús no queda paralizado, por así decirlo, por una actitud simétrica hacia ambas cosas, sino que, a pesar de todo, rompe la simetría en favor de la vida.

Dicho en lenguaje más transcendente, Jesús rompe la simetría al tener la audacia de nombrar el misterio último de la realidad como *Abba.* Lo último es bueno. La vida es más que la no vida. Dicho en lenguaje más histórico Jesús aparece como el hombre fiel, caminando siempre, sin que nada –la experiencia de la negatividad– sea obstáculo para caminar. Aparece dando ultimidad a la misericordia, al amor, sin que el mal reinante haga aparecer absurda esta disposición. Enseña que la misericordia, la bondad, es lo que convierte a los humanos en seres humanos decentes, cabales, como el samaritano de la parábola; que es lo que nos otorga salvación definitiva, según el final de Mt 25, y lo que produce gozo, según las bienaventuranzas.

d) De dónde le viene a Jesús su convicción en favor de la vida. El hecho es claro: a Jesús le atrajeron más las posibilidades del bien que las del mal; apostó más por la vida que por la muerte. Queda la pregunta del por qué, y, obviamente, no hay una respuesta nítida. Pero quizá pueda iluminar el volver a recorrer las cuatro condiciones previas que antes analizamos *desde* Jesús, pero vistas ahora *en* Jesús.

Es normal que Jesús pensase en sí mismo y en cómo podían irle a él las cosas, pero vivió lo que predicó a otros: no se hizo el centro de su predicación y misión, sino que vivió en relación constitutiva con el Padre y con los pobres de este mundo. Vivió el *descentramiento.* La reflexión cristiana posterior, teológica, le comprendió como «el enviado», con lo cual descentra radicalmente su realidad. Le irá bien o mal según le vaya bien o mal al envío. Pero ese des-

centramiento trascendental, desde el Padre, se historiza de manera más comprensible para nosotros desde el destinatario al que es enviado: los pobres de este mundo. Juzgar cómo van las posibilidades de vida y de antivida, lo hace Jesús desde los pobres, los destinatarios del reino. Esto significa que el descentramiento de Jesús es parcial.

Pienso también que a Jesús le ayudó a ponerse en favor de la vida su propia praxis: curaciones, liberación de opresiones, denuncias, desenmascaramientos...; en una palabra, realizar *in actu* la opción por los pobres, amarlos y defenderlos –como hace el mismo Dios– por el mero hecho de serlo. «Praxis» significa aquí hacer real el amor al otro, sobre todo al otro a quien nadie ama, sino que es oprimido. Pienso yo que ese estar en el amor ayuda a generar esperanza, y ésta otorga la convicción de que la vida es posible.

e) ¿Fue Jesús evangelizado por los pobres? La encarnación, estar en la realidad, en lo débil de este mundo, no es sólo exigencia ética, sino «ponerse a tiro del don y de la gracia». Me explico. Muchas veces hemos escrito que hay que hacerse cargo de la realidad (*praxis*) cargando con ella (cruz). Pero a eso añadimos que es distintivo de la fe cristiana «dejarse cargar» por la realidad. Muchas veces he citado la frase de Rahner: «el evangelio es una pesada carga ligera, que, cuanto más carga uno con él, tanto más carga él con uno». Eso puede ocurrir con la realidad: puede cargar con nosotros.

Suelo preguntarme por qué realidad histórica concreta se dejó cargar Monseñor Romero, y la respuesta, en lo fundamental, me parece clara: por los pobres de su pueblo (y por quienes se solidarizaban con él), por su sufrimiento, su esperanza y su bondad. No es retórica ni demagogia decir que monseñor Romero recibió del pueblo –de su pobrería, como dice Casaldáliga– la fuerza de la vida y la fuerza para mantener la ultimidad de la vida. La misma pregunta me he hecho con respecto a otras personas que he conocido y han impactado en nuestras vidas, como el Padre Arrupe, Rutilio Grande o Ignacio Ellacuría.

Y también me he preguntado por Jesús de Nazaret: qué de la realidad histórica de su tiempo cargó con él. ¿Puede decirse que Jesús, el evangelizador, fue también evangelizado; que Jesús, el agraciador, fue también agraciado? En el lenguaje de Puebla, ¿puede decirse que también Jesús fue evangelizado por los pobres?

No creo que el Nuevo Testamento ofrezca esta (posible) óptica

para conocer a Jesús, pero tampoco me parece descabellada. Para ello siempre se puede aducir una razón a priori: si Jesús de Nazaret fue en todo igual a nosotros, menos en el pecado; si se acepta con paz, por ejemplo, que en Jesús hubo ignorancia y, más importante para nuestro propósito, que en él hubo fe, no se ve por qué no pudo ser impactado por otros seres humanos al nivel de recibir buena noticia, por qué no pudo ser llevado por otros en su fe, en su esperanza, en su sentido de la vida...

Con la libertad que da esta consideración *ortodoxa,* y con el ejemplo de las mejores personas que hemos conocido, bien nos podemos preguntar qué pasaba en Jesús cuando decía: «te doy gracias, Padre, porque han entendido los pequeños y no los sabios». La exégesis podrá explicar el contexto histórico del hecho y el trasfondo cultural (quizás apocalíptico) de la formulación, pero queda en pie la pregunta que aquí nos interesa: al hablar así, ¿está reconociendo Jesús que algo ha recibido?; ¿siente gozo en ello? Y así podemos preguntar también qué pasaba en Jesús cuando decía al enfermo o a la mujer pecadora en casa de Simón (sea cual fuere el aporte historizador de Lucas): «vete en paz, tu fe te ha salvado, te ha perdonado». ¿Recibía algo Jesús, era agraciado por esas gentes pobres, sufrientes, con fe en Dios? ¿Qué pasaba cuando veía a una viuda echar unos centavos en el templo, dando más que los demás? ¿Aprovechaba la ocasión sólo para dar sana doctrina y zaherir a los fariseos, o algo le llegaba a su corazón y su mente que lo transformaba? ¿Qué pasaba ante la cananea, quien le da la razón a Jesús: «es cierto, Señor», pero también, conmovedoramente, le corrige: «pero también es cierto que los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos»? ¿Dijo Jesús solamente, desde arriba, «muy grande es tu fe, mujer»? ¿O se dijo también a sí mismo desde dentro –como lo hacia monseñor Romero–: «con este pueblo no cuesta ser buen pastor, este pueblo mueve a su servicio»?

No queremos fantasear. Pero pienso que sin algo de esto, además de poner en peligro al *vere homo* –Jesús fue en todo humano como nosotros–, ponemos en peligro al *homo verus* –Jesús fue el ser humano cabal, que se deja llevar por otros–. Lo que con esto queremos asentar es que algo debía de pasar en Jesús que provenía de la historia, de la gente, de su pobrería –además de lo que provenía de su relación con el Padre–, que le llevaba a mantener la prioridad de la vida sobre la muerte, de la bondad sobre la maldad.

Quizás esta hipótesis de que también para Jesús los pobres, las viudas, los publicanos, las prostitutas eran fuentes de buena noticia, no esté del todo desencaminada. Quizás, entonces, encontremos en Jesús a alguien fiel a Dios, ante el cual está –lenguaje de visión–, cuya voluntad escucha –lenguaje del oír–, y de quien se siente asido de la mano –no dejado de la mano de Dios–. Podemos encontrar a alguien misericordioso, para quien la vida tiene sentido al vivir en el amor. Y a alguien encarnado en el mundo de la pobreza, que, como dice Puebla, evangeliza. Encontramos a un Jesús agraciado, que ha visto en la cananea y en la prostituta el triunfo de la vida, de la dignidad, de la fe, del amor... En medio de la muerte a su alrededor, Jesús no pudo menos de proclamar la vida.

Aunque no sea fácil hacer una semblanza de Jesús, por así decirlo, quizá sí podamos decir que para ello no encontramos la clave en Epicuro ni en los estoicos, sino mejor en Miqueas, con la justicia y la ternura, y con el siempre caminar humildemente con Dios, con la convicción de que así sí hay camino. Y en el mismo discurso de Jesús, del ser humano que describe en las bienaventuranzas, al que nada le quita la dicha de vivir, capaz hasta de saltar de gozo cuando el mal recibido es por causa del bien.

3. Jesús entre nosotros

A lo lago de la historia ha habido y hay testigos, ellas y ellos, que siguen reproduciendo la experiencia de la vida que tuvo Jesús. No hay tiempo de evocar sus testimonios. Recordemos sólo dos situaciones.

Una es un caso verdaderamente límite y entrañable. «Donde abundó Auschwitz sobreabundaron Kolbe y Romero», dice Carlos Díaz (*Monseñor Oscar Romero*, Madrid 1999, p. 93). Y lo explica:

> «En Auschwitz, preso niega a preso, pero el Padre Kolbe rompió esa norma: preso ofrece su vida por otro preso, para él desconocido... Movido a sorpresa y respeto por todo ello, uno de aquellos feroces vigilantes nazis exclama emocionado: “Este cura es verdaderamente un hombre decente”. Lo mismo que el centurión romano que asiste sobrecogido a la pasión del Señor en la cruz del Gólgota: “Viendo el centurión lo acaecido, glorificó a Dios diciendo: “realmente este hombre era justo (*díkaios*)”. *Dikaios, anständig:* he ahí expresiones similares, casi literales, en griego y en alemán. Aunque a la ilustra-

> ción –tan racionalista y racionista ella– no le quepa en la cabeza, hasta en Auschwitz se puede vivir la gracia amorosa en diálogo con la luz. Y lo que no es capaz de entender la sabia ilustración lo supo vivir un breve franciscano menor conventual, el Padre Maximiliano Kolbe, que, durante su reclusión primero y luego en el momento decisivo, da un paso adelante y pide al Lageführer de Auschwitz ocupar el lugar de un padre de familia condenado a muerte, alentar la esperanza y evitar la desesperación de los otros condenados en la celda de castigo» (pp. 93.95-96).

El otro es también un caso límite y entrañable, aunque de distinta manera. En El Salvador, en medio del terremoto del 13 de enero del año pasado, surgió la fuerza de la vida, el anhelo de vivir y la decisión de vivir con una fuerza primigenia, inigualable. El desfile de gentes tratando de sobrevivir, mujeres con los restos de la casa sobre su cabeza y con niños agarrados de sus manos; el anciano sentado junto al rótulo «Armenia vive»... Surgió también la solidaridad primordial: mujeres cocinando y compartiendo lo poco que el terremoto había dejado; hombres moviendo montañas de tierra para rescatar a seres humanos soterrados... En medio de la tragedia se impuso la fuerza de la vida y, a pesar de todo, se hizo presente el encanto de lo humano. Esas mujeres y niños, hombres y ancianos, cocinando y compartiendo, desescombrando juntos, se convierten en referente indefectible de la primariedad de la vida. La mujer, sobre todo, aparece como referente indefectible de la vida. Si Heidegger habla del «pastor del ser», hay que hablar aquí de quienes toman a su cargo la vida.

Al decir esto no estamos haciendo de la necesidad virtud, sino dejando que la vida muestre su *misterio.* En las conocidas palabras de Rudolf Otto, en el terremoto se mostró el misterio *fascinans et tremens*, aquello que a la vez fascina y causa pavor. Es evidente que el terremoto expresó lo *tremens* del misterio; pero, a pesar de todo, expresó también lo *fascinans.* Algo hay en el anhelo de vida de las víctimas que produce *fascinación,* y algo hay en los sufrimientos y afanes de esas víctimas, que quieren simplemente sobrevivir y ayudar a que otros sobrevivan, que produce *veneración.* Y algo hay en ese misterio del pobre que quiere vivir que hace presente a Dios. En los conocidos versos de César Vallejo: «El suertero que grita “La de a mil” contiene no sé qué fondo de Dios».

Es ésta una experiencia repetida: en medio de muerte y pobreza, asoma la vida, y puede ocurrir –y ocurre– que quien está allá,

llegando de fuera, no puede dejar de creer en la vida. A este anhelo de vida en medio del sufrimiento hemos llamado la santidad primaria, que, como toda santidad «salva». De entre muchos relatos, cito sólo estas líneas que una religiosa, que ha pasado años en África, escribe durante un retiro espiritual en España.

> «No es difícil alabar y cantar con todo asegurado. La maravilla es que los que reconstruyen sus vidas después de las catástrofes de terremotos, y los presos de Kigali que recibirán hoy visitas de familiares y con mil sudores les podrán llevar algo de comer, bendicen y dan gracias a Dios. ¡Cómo no van a ser los predilectos y de los que hemos de aprender la gratuidad! Hoy he recibido carta de ellos. Tal vez no se dan cuenta de cuánto recibimos de ellos y de cómo nos salvan».

En definitiva, recibimos la «respuesta» a la pregunta de este número: es posible mantener la primariedad de la vida aun en medio de la muerte. Entre nosotros, a quienes expresan la verdad de esta paradoja los llamamos «mártires». Comprendo que las sociedades de abundancia no sepan qué hacer con ellos, y no sólo qué hacer con el «concepto» de mártir, que no sería mayor problema, sino con «la realidad del mayor amor».

Estos mártires, un Padre Kolbe o una escondida comunidad terremoteada en El Salvador o masacrada en África, son los que mejor nos hablan de la muerte, pero también de la vida; y, en definitiva, mirándoles a ellos y a ellas decidimos qué tiene primacía: la muerte o la vida. Su importancia decisiva en nuestras vidas no proviene sólo ni principalmente de sus sufrimientos, aunque no está de más que nos cuestionen, sino de su amor, lo cual quizá nos cuestiona todavía más. Quisiéramos que las cosas no fueran así, y por eso los mártires son una realidad contracultural. Pero pienso que así es. En cualquier caso, son los que mejor nos remiten a ese Jesús de Nazaret, quien, en medio de la muerte, vivió para la vida, y la dio para que otros tengan vida.

ST 90 (2002) 257-260

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

«Refugiadas: La guerra cambió nuestra vida, pero no nuestro espíritu»

Amaya VALCÁRCEL*

Existen hoy unos 50 millones de personas desplazadas forzosamente, el ochenta por ciento de las cuales son mujeres y niños. Una de cada 120 personas en el mundo se ha visto obligada a huir de su casa, debido a sufrir persecución por su origen étnico, religión, ideas políticas, o por escapar de la guerra y la violencia. Las migraciones forzosas han sido siempre un serio problema humano; pero en los años pasados han adquirido dimensiones nuevas. Juan Pablo II se refiere al desplazamiento forzoso como «una herida vergonzosa de nuestro tiempo». Hoy, los nuevos «refugiados» son los desplazados internos de Angola, Burundi, Bosnia, Sudán, Sri Lanka o Colombia. Son los solicitantes de asilo en las grandes ciudades; algunos de ellos obtienen el estatuto de refugiado, pero la gran mayoría queda al margen. Muchas personas que cruzan fronteras huyendo de la violencia acaban en centros de detención para inmigrantes. Su detención es un síntoma de la incapacidad del sistema internacional de protección de los refugiados, y un indicador del fracaso de muchos países en «manejar» la inmigración.

En el llamado «orden mundial», la mujer refugiada es la gran olvidada. Los refugiados vienen de los países más pobres del mundo y lo han perdido todo: sus posesiones, su tierra, a veces su país, y muchos de sus derechos. La mayoría han perdido a sus seres más queridos. Pero la mujer refugiada sufre otro tipo de agravios por el

* Delegada en Madrid del Servicio Jesuita a Refugiados (Pablo Aranda, 3 – 28006 Madrid – Tfno: 91 590 26 72). www.jesref.org

simple hecho de ser mujer. Muchas deben encargarse de la familia, a veces solas y sin facilidades médicas ni educativas. La violación se utiliza como una estrategia de guerra. Los crímenes relacionados con el género y el abuso sexual son excluidos de la definición legal de refugiado. Además, las madres de unos 300.000 niños soldados han acumulado terribles experiencias, viendo cómo se llevaban a sus hijos para cometer atrocidades inimaginables.

La reconstrucción tras el conflicto frecuentemente encuentra obstáculos, debido a la falta de servicios para asistir a las mujeres, muchas veces porque no se presta atención a sus necesidades. Pero, a pesar de todo, las mujeres son clave para la reconstrucción de la sociedad. Son las artesanas de la paz y la estabilidad. En nuestro mundo cargado de inestabilidad, los tratados y los acuerdos internacionales son importantes. Pero estos acuerdos deben basarse en la capacidad de los Estados para cumplir con sus obligaciones. Quienes elaboran planes de paz, nacionales o internacionales, deben escuchar la voz de las mujeres, sobre todo de aquellas que tienen razones más que suficientes para esperar la paz.

La voz de las mujeres

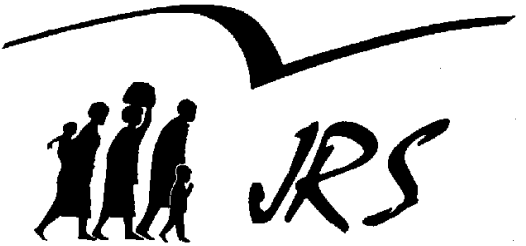
Con el libro *«Refugiadas: La guerra cambió nuestras vidas, pero no nuestro espíritu»* ofrecemos a las refugiadas un espacio en el que puedan explicar sus experiencias tal como ellas las relatarían: casi siempre de forma sencilla, sin dramatismo innecesario, a veces con dolor o resignación, otras veces con esperanza y alegría, y siempre con valentía. Es también un espacio donde otros que trabajan con el Servicio Jesuita a Refugiados pueden decir cómo han sido tocados por las vidas de las refugiadas que han conocido. Pero el libro no pretende lamentar su destino, sino celebrar su existencia y manifestar nuestro respeto hacia cada una de ellas. Quiere identificar lo que pueden aportar a la sociedad, su papel y sus cualidades específicas. Algunos de estos relatos no son fáciles de leer, pero todos ellos transmiten coraje y belleza. No hay una sola historia que describa la experiencia de las mujeres refugiadas, porque cada situación que genera refugiados es diferente, y cada mujer tiene un testimonio distinto que relatar. Las refugiadas no sólo son supervivientes, luchan por la vida. En medio de la muerte, luchan por vivir a cualquier precio. A pesar de la adversidad, reconstruyen, para asegurar

la continuidad de la vida, de la suya y, sobre todo, de la de sus familias. Tienen el coraje de dar vida en lugares de muerte. Quizá también estos relatos deban ser contados para ayudar a la curación. Amalia Molina, una refugiada salvadoreña que relata en el libro su detención en una prisión de inmigración en EE UU, decidió posteriormente, como una forma de cura y de denuncia, escribir un diario más extenso sobre los 16 meses en los que estuvo detenida. Quizá las muchas mujeres que nos relatan su experiencia en este libro encuentren fuerza y liberación al contarla. Y quizá cada persona que lea sus testimonios pueda contribuir a esa cura.

Pero esto no basta. Debemos leer estos relatos con rabia justificada y sentirnos empujados a la acción. Mientras la «fortaleza Europa» y otros países de asilo levantan muros legales y culturales de exclusión de los refugiados, debemos trabajar por una cultura y una política para su acogida. Debemos también frenar las políticas de exclusión e injusticia que están en la raíz de las guerras y el desplazamiento masivo de refugiados alrededor del mundo. Tal vez sea ésta una expectativa demasiado elevada para una publicación como la que proponemos al lector. Pero no estará de más que abramos nuestros oídos y nuestro corazón a estas mujeres y aprendamos de ellas el camino del sufrimiento y del coraje.

El libro, publicado por la editorial *Libros Libres*, y cuyo autor es el Servicio Jesuita a Refugiados, está patrocinado por la Funda-ción Entreculturas y podrá adquirirse en librerías a partir del 7 de marzo o bien en las oficinas de Entreculturas:

Pablo Aranda, 3 – 28006 Madrid – Tfno: 91 590 26 72
(e-mail: entreculturas@entreculturas.org).



Apoyamos la reconstrucción de Goma

La ciudad de Goma (R.D. Congo) empieza a levantarse entre la lava. El jueves 17 de enero, el volcán Nyiragongo arrasaba la ciudad, provocando casi medio centenar de muertos, destruía el 80 por ciento de la ciudad, y más de 300.000 personas tuvieron que huir en los primeros momentos. Poco a poco, la normalidad se impone, trabajando duramente por la reconstrucción de la ciudad. 22 escuelas (12 católicas y 10 protestantes) están afectadas por el terremoto, muchas de ellas arrasadas bajo la lava. En un país en el que ya existen tres millones y medio de niños que no van al colegio, debido al conflicto armado que la R.D. del Congo padece desde 1998, los que estaban escolarizados corren el riesgo de perder lo poco que tienen.

Desde «Entreculturas – Fe y Alegría» apoyamos al «Servicio Jesuita a Refugiados» en Grandes Lagos, que trabaja por la recuperación de estas escuelas, para que los niños congoleños puedan continuar con su curso escolar lo antes posible. Para ello hemos abierto una cuenta, cuyos fondos se destinarán a este fin. Ayúdales:

Santander Central Hispano: 0049 6170 61 2416010709

ST 90 (2002) 261-268

RELIGIÓN, VIOLENCIA Y RECONCILIACIÓN

3
¿Una nueva Guerra Fría?*

Mariano AGUIRRE**

A partir de los atentados llevados a cabo en Nueva York y contra el Pentágono en septiembre de 2001, el uso de la fuerza se ha fortalecido como método de afrontar los problemas por encima de la Ley y la cooperación. Los avances que se habían logrado acerca de los problemas transnacionales en terrenos como el medioambiente, los Derechos Humanos, el comercio internacional y la democratización han quedado desplazados. Pero estas cuestiones deben ser abordadas si, en el medio y largo plazo, se pretende tener mayor seguridad global.

La tendencia tradicional que ha ganado peso es que el uso de la fuerza es la mejor respuesta para lograr seguridad. Durante los años anteriores y posteriores al final de la Guerra Fría, esta concepción de la seguridad basada en la acumulación, modernización y eventual uso de la fuerza quedó cuestionada tanto por las críticas a las armas nucleares y su impacto como por la necesidad de gestionar cooperativamente problemas como la crisis ambiental, las necesidades alimentarias, la pobreza extendida y la vigencia de los Derechos Humanos.

Con el fin de ocuparse conjunta y cooperativamente de estas cuestiones, se debatió durante décadas sobre la necesidad de reforzar y actualizar las instituciones multilaterales como la ONU y otros cuerpos regionales. Al mismo tiempo, después de la desaparición

* Este texto es un resumen y readaptación de la Introducción del *Anuario del CIP 2002* (Editorial Icaria y Fundación Hogar del Empleado, Barcelona 2002), que verá la luz dentro de unas semanas.

** Director del Centro de Investigación para la Paz (CIP)/Fundación Hogar del Empleado. Madrid.

del Pacto de Varsovia, el aumento de los presupuestos militares en los países más desarrollados no tenía un sentido preciso y resultaba una carga para los Estados menos desarrollados. La OTAN pasó una década buscando una o varias misiones nuevas y practicó algunas orientadas a garantizar acuerdos de paz (Bosnia) o a defender, de forma selectiva, comunidades amenazadas o que corrían riesgo de genocidio (Kosovo).

El sistema internacional se encontraba, en septiembre de 2001, en un período de debate y tensión entre la cooperación y el pacto como forma de alcanzar seguridad o continuar con los esquemas de seguridad y equilibrio de fuerzas de la época de la Guerra Fría. El presidente George Bush Jr. estaba decidido, unos meses antes, a acabar con el Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM) –que pone restricciones al desarrollo de ciertas armas entre Rusia y los Estados Unidos–, con el fin de poner en marcha la Defensa Nacional anti-Misiles (NMD). Por otra parte, había manifestado que no firmaría el Acuerdo de Kyoto para reducir las emisiones contaminantes en la atmósfera. Su posición con respecto al mundo era reforzar el unilateralismo frente a un multilateralismo moderado que había manejado el ex-presidente Bill Clinton. Por otra parte, los movimientos antiglobalización y las reflexiones dentro de instituciones como el Banco Mundial habían generado un importante movimiento de discusión sobre posibles reformas al orden económico internacional.

Los ataques terroristas en el territorio de los Estados Unidos y las consiguientes investigaciones sobre redes fanáticas religiosas que operan en diversos países pusieron en primer plano la respuesta militar. En octubre, Washington lanzó un ataque militar sobre Afganistán. Antes contó con dos Resoluciones en el Consejo de Seguridad de la ONU y con el Artículo V de solidaridad entre todos los miembros de la OTAN, diseñó diversas estrategias, inició la construcción de una coalición internacional y convenció a los aliados europeos con pruebas sobre Osama Bin Laden[1]. El Gobierno norteamericano avisó que era el primer paso de una guerra larga que tendría muchos frentes políticos y geográficos, y entre los más inmediatos Somalia, Filipinas, Indonesia, Malasia, Singapur e Irak.

De este modo, habría comenzado una nueva, desagradable, brutal y larga «guerra fría», según la expresión de dos analistas del

1. «El Sumario contra Bin Laden»: *El Pais*, 5 de octubre de 2001, pp. 6-7.

influyente centro de investigación Brookings Institution[2]. En una línea muy similar a la del gobierno de Bush Jr., estos autores propugnan que para librar esta guerra su país debe construir y mantener una delicada política de alianzas internacionales, reforzar la seguridad interior y recomponer su política hacia Oriente Medio. Sin embargo, en las recomendaciones de Brookings no hay referencias a la pobreza, la marginación y la falta de opciones para millones de personas en países como Pakistán, Afganistán o Egipto, y la forma en que pueden apoyar o pasar a formar parte de redes y políticas contrarias a Occidente[3]. Una perspectiva diferente es la de Wilcox Jr., cuando afirmó, poco después de los ataques, que los Estados Unidos debían usar su fuerza y su poderío de forma responsable para cooperar y solucionar conjuntamente los problemas de las sociedades islamistas, tratando de evitar una confrontación de civilizaciones[4].

Esta «nueva guerra» está generando en los Estados Unidos más control policial, la creación de Tribunales Especiales, detenciones ilimitadas y mayor control sobre los refugiados y los inmigrantes, con nuevas restricciones para su entrada en el país[5]. Además, el gobierno de Bush está poniendo serios obstáculos para obtener información oficial, tanto del pasado como del presente. Gran Bretaña ha seguido, en parte, la misma tendencia de control social interior. En el conjunto de la Unión Europea, la situación de los casi 10 millones de musulmanes que viven entre Francia, Alemania y Gran Bretaña, además de otros países, se ha vuelto más inestable, transformándolos en ciudadanos bajo sospecha.

Pese a que Europa es ahora una potencia mundial, los Estados Unidos están actuando de una forma similar a como lo hizo en los años cincuenta y sesenta: unilateralmente e imponiendo sus políticas a los aliados. Las negociaciones entre Washington y los miembros europeos de la OTAN entre los años ochenta y noventa permitieron avanzar en la construcción de una política de defensa y seguridad común de este lado del Atlántico.

---

2. Ivo H. DAALDER y James M. LINDSAY, «Nasty, Brutish, and Long: America's War on Terrorism»: *Current History* (diciembre 2001), p. 403.
3. Ver la serie de Mark HUBAND y John WILLMAN, «Holy War in the World»: *Financial Times*, 23 y 24 de octubre y 2 de noviembre de 2001.
4. Philip C. WILCOX JR., «TheTerror»: *The New York Review of Books*, 18 de octubre de 2001, p. 4.
5. *World Report 2002*, Human Rights Watch, New York 2002, pp. XV-XXVI.

Las diferencias entre los Estados europeos y los avances y retrocesos de los diferentes gobiernos estadounidenses en el sentido de frenar o impulsar el proyecto europeo de seguridad tuvieron como resultado un desequilibrio entre la fuerte unidad económica de Europa y su débil estructura de seguridad, más simbólica que real. En las sucesivas guerras de los años noventa, desde Somalia hasta Afganistán, Europa ha mostrado falta de criterio común; ha dependido de Washington para tomar decisiones y ha sido marginada de los procesos en los que debería haber estado, tanto el Acuerdo de Dayton para Bosnia como el proceso de negociación entre Israel y Palestina o las respuestas armadas y no armadas que se tomasen hacia los grupos armados y estados implicados en los atentados de septiembre pasado. El aumento del presupuesto militar decidido por el gobierno de Bush en febrero de 2002 ha confirmado a los aliados europeos que la tendencia será al unilateralismo, y que se espera de ellos apoyo incondicional en la nueva guerra antiterrorista.

Una diferencia esencial con respecto a la Guerra Fría es la relación de Estados Unidos con Rusia. Durante aquel período, la Unión Soviética fue el mayor enemigo, y Washington mantuvo políticas de disuasión y negociación. La crisis de septiembre ha servido para disminuir la tensión que había con Rusia en torno al Tratado ABM y para avanzar en una mayor conexión de ese país con la OTAN. El presidente Putin ha actuado con habilidad y pragmatismo al ponerse al servicio de Estados Unidos en la nueva guerra global. Esto le beneficia, además, porque el régimen Talibán era, y los grupos islamistas radicales son, fuente de inestabilidad en la zona asiática central, especialmente en Chechenia. En los primeros días después del 11 de septiembre, Moscú recibió el mensaje de que la presión occidental para que variase su política de violación de los derechos humanos en esa región disminuiría. El gobierno de Putin teme que un ascenso y llegada al poder de islamistas en las repúblicas asiáticas pudiera suponer un éxodo de unos 10 millones de rusos hacia Moscú.

Pero es previsible que Washington le exija más pruebas de alineamiento. En particular, Rusia mantiene buenas relaciones comerciales y acuerdos políticos con Irán, Corea del Norte, Irak, Libia y Siria, o sea, con algunos de los Estados que el presidente norteamericano considera parte del «eje del mal», y otros con los que no tiene buenas relaciones. Si Bush continúa con su política, entonces Rusia se verá en apuros[6].

6. Robert COTTRELL, «Russia's False Promise»: *Financial Times*, 23 de octubre de 2001.

Grupos no estatales en armas

Durante la Guerra Fría, la confrontación era entre Estados y alianzas militares estatales que tenían formas diferentes de concebir la organización de sus sociedades y del resto del mundo. En la fase actual se trata de un conflicto de los Estados Unidos y sus aliados contra grupos no estatales, como la red Al Qaeda. Aunque Washington ha librado su primera batalla contra Afganistán, éste no era, en los hechos, un Estado constituido, sino un territorio fragmentado, sin cohesión institucional o social, que estaba ocupado por los Talibanes y por las fuerzas de Osama Bin Laden.

Los grupos armados no estatales se están convirtiendo en importantes y peligrosos actores del sistema internacional. Los señores de la guerra en Somalia, Sierra Leona o Afganistán; la guerrilla de UNITA en Angola; los paramilitares y guerrilleros en Colombia; los grupos armados criminales en las *favelas* de Brasil y las formaciones especiales palestinas radicales; los Tigres tamiles en Sri Lanka y los paramilitares serbios y croatas, entre muchas otras, tienen capacidad para desestabilizar y corromper sociedades, incorporar a jóvenes sin opciones e implicarse en actividades económicas ilícitas. Cuando estos grupos adoptan, además, discursos de identidad –religiosa, étnica o nacional–, la violencia sirve como instrumento de legitimidad excluyente. A medida que los Estados frágiles se desintegran, y desaparece el principio básico del monopolio legítimo del uso de la fuerza por parte del Estado, se multiplican los grupos no estatales armados[7].

La guerra en Afganistán ha mostrado que estos grupos no pueden resistir una guerra directa contra fuerzas convencionales dotadas de armas sofisticadas, pero sí son capaces de producir enormes daños en sus propias sociedades y de llevar a cabo actos terroristas difíciles de prevenir contra los Estados Unidos y otros países centrales.

El Islam y Occidente

Los Estados Unidos encarnan una serie de valores relacionados con la libertad individual y la democracia que le convierten en foco de atracción para muchos inmigrantes y en un modelo para muchos gobiernos y sociedades. Pero también le sitúan en el punto de mira

7. Ver Mary KALDOR, *Las nuevas guerras*, Tusquets, Barcelona 2001.

de aquellos grupos y sociedades que consideran que Occidente les ha sojuzgado y oprimido y ha desvirtuado su cultura. El papel de liderazgo que tienen los Estados Unidos en las democracias occidentales, tanto por capacidad científica y tecnológica como militar y comercial, hace que entre las sociedades y grupos que definen su identidad a través de la confrontación se perciba a este país como el enemigo principal. En las sociedades islamistas, en particular, existe esa sensación de resentimiento hacia los Estados Unidos y Occidente. Asimismo, se considera que sus elites de poder, generalmente corruptas, antidemocráticas y represoras del Islam, están sostenidas o hacen pactos con Occidente.

En las sociedades islamistas ha habido un resurgimiento de la concepción religiosa de organización del Estado y existe un rechazo hacia la modernidad occidental, a la que se ve como un peligro. «Los fundamentalismos –explica Armstrong– sienten un profundo malestar y desencanto con los experimentos modernos, que no han cumplido todo lo que prometieron. También expresan un miedo real. Cada movimiento fundamentalista (...) está convencido de que las instituciones seculares están decididas a barrer con la religión. Ésta no es una visión paranoica. Hemos visto cómo el secularismo ha sido frecuentemente impuesto agresivamente en el mundo musulmán. Los fundamentalistas miran hacia atrás buscando inspiración, hacia la "época dorada" anterior a la irrupción de la modernidad»[8].

Estos movimientos anti-modernidad son a la vez innovadores y radicales. Consideran que están luchando por la supervivencia contra un secularismo muchas veces coercitivo y en contra de «la exclusión que hace el secularismo de la instancia divina en la vida pública». Pero esta lucha se distorsiona en algunos casos y se torna agresiva y violenta[9]. El terrorismo anti-estadounidense del grupo Al Qaeda tiene su origen en las redes anti-gubernamentales en Egipto, Arabia Saudita, Afganistán y Argelia, entre otros países. Los militantes de estos países no han podido derrocar ni debilitar a sus gobiernos, y de ahí que en buena medida trasladen la lucha a un nivel simbólicamente más elevado. Impactar sobre los Estados Unidos asegura una gran repercusión en los medios periodísticos globales, obliga al gobierno de ese país a una gran movilización, que

8. Karen ARMSTRONG, *Islam. A Short History*, Modern Library, New York 2000, p. 165.
9. *Ibidem.*, p. 167.

confirmaría la fortaleza de las redes religiosas violentas, y ofrece una causa en la que creer a millones de desposeídos en Oriente Medio[10].

La modernización de las sociedades islamistas requerirá un largo tiempo, y para ello además de una mejora de las condiciones económicas y sociales de las poblaciones, se precisan nuevos gobernantes que asuman el reto de modificar las estructuras institucionales y combinar las tradiciones con la concepción secular del Estado moderno. Malise Ruthven cree que el Islam, en su acepción política e ideológica actual, no es capaz de trascender sus divisiones étnicas y sectarias. Por lo tanto, la globalización de la cultura y las interrelaciones sociales mundiales provocarán una secularización de las sociedades. Este proceso no tiene por qué ser interpretado como una occidentalización ni como una victoria de Occidente[11].

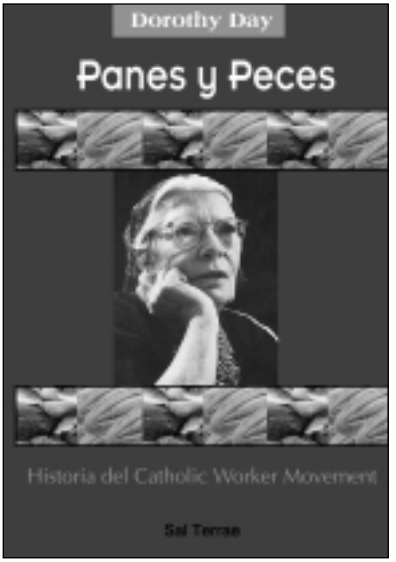
Pero en el mundo islámico no habrá proceso de secularización y modernización mientras no haya un cambio en la situación de pobreza y opresión de millones de personas que viven en los países musulmanes y no tienen participación política. A la vez, las políticas occidentales, especialmente de los Estados Unidos y la Unión Europea, deben orientarse en la dirección de la cooperación para la prevención de los conflictos. O sea, que deberían usarse todos los instrumentos políticos y económicos para trabajar conjuntamente acerca de los grandes problemas que afectan a la sociedad mundial.

10. Martha CRENSHAW, «Why America? The Globalization of Civil War?»: *Current History*, diciembre 2001, p. 429; Mark JUERGENSMEYER, *El terrorismo religioso*, Siglo XXI, Madrid 2001.
11. Malise RUTHVEN, *Islam. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford 1997, p.141.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Combinando su percepción de periodista con un compromiso afectivo y un humor cálido, Dorothy Day narra experiencias vividas entre los pobres e indigentes, los idealistas y los que viven en la esperanza. Para Dorothy Day, la pobreza es más que un problema sociológico: es también un misterio. Y eso es lo que confiere su extraordinaria gracia, su dulzura y su encanto a las experiencias narradas con delicioso humor en este libro, que, sin embargo, es un libro serio sobre temas de la vida y la muerte, no sólo para unas cuantas personas o para una determinada clase de gente, sino para todos.

Panes y peces es un documento único de la historia social norteamericana y un poderoso testimonio de la inamovible fe de una mujer dedicada en cuerpo y alma a mejorar la vida de todos los desvalidos y a crear alternativas viables a los grandes males de un mundo caótico.

224 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 16,20 €**

ST 90 (2002) 269-279

LOS LIBROS

Recensiones

MILLÁN ROMERAL, Fernando, *La Penitencia hoy. Claves para una renovación*, Universidad Pontificia Comillas – Desclée de Brouwer, Madrid-Bilbao 2001, 306 pp.

El nuevo ritual de la Penitencia (cuya historia se describe en el primer capítulo del libro) intentó acabar con la crisis que padecía este sacramento (analizada en el segundo capítulo), pero apenas lo ha conseguido. Algunos autores hablan incluso de una «no recepción» del Ritual en muchas iglesias. De hecho, éste es el único sacramento que a menudo se sigue celebrando, en la práctica, exactamente igual que antes del Concilio. Esta crisis del sacramento de la Penitencia contrasta con el interés que muestra la cultura actual (literatura, cine...) por el tema de la reconciliación, magníficamente analizado por el Autor en el capítulo 4.

El propósito del libro que comentamos es ofrecer sugerencias que permitan revitalizar el sacramento. Aunque el Autor admite la legitimidad de ir en ocasiones más allá de las normas establecidas en un momento determinado –porque, en caso contrario, la liturgia y la pastoral de la Iglesia quedarían estancadas de forma estéril–, él ha preferido ofrecer sólo sugerencias que quepan en la categoría de «lo permitido».

Siendo éste el objetivo, el estudio que comentamos entra dentro del ámbito de la teología pastoral. Pero la buena teología pastoral tiene detrás mucha teología sistemática, y en este libro resulta claramente perceptible. No es un manual que aborde ordenadamente la teología del sacramento, pero todas las sugerencias están fundamentadas con el máximo rigor.

Algunas sugerencias –como resaltar la dimensión comunitaria, o redescubrir el carácter festivo del sacramento– son ya familiares. Otras son más novedosas, y éstas son, en mi opinión, las que podrían contribuir más eficazmente a superar la crisis del sacramento. Resalto dos: (1) evitar la excesiva proliferación de «confesiones por devoción», que, por una parte, han anulado otras formas de penitencia no estrictamente sacramentales (aun-

que participan de la sacramentalidad de la Iglesia) y, por otra, han devaluado el sacramento para lo que realmente está pensado: reorientar la vida tras una ruptura de las opciones evangélicas; y (2) recuperar con creatividad las obras de «satisfacción», hoy casi siempre reducidas a recitar alguna oración. Como muy bien explica el Autor, no es que Dios exija la «satisfacción» para perdonar; es el pecador quien siente la necesidad de «satisfacer» cuando da a las cosas la seriedad que tienen.

Estamos ante un libro serio, sugerente y escrito con elegancia, que los responsables de comunidades cristianas harían bien en estudiar a fondo si quieren hincar el diente a esa asignatura pendiente que es la renovación del sacramento de la Penitencia. La pulcritud de la edición (papel, tipo de letra...) contribuye a facilitar la lectura.

Dos sugerencias, para terminar. No sería incompatible con el nivel de alta divulgación en que ha querido mantenerse el libro ofrecer siempre la traducción de los textos citados en otras lenguas (latín, alemán...), como, de hecho, hace a veces; muchos lectores lo habrían agradecido. Igualmente, aunque la primera vez que utiliza unas siglas explica su significado, habría sido útil disponer de una lista de siglas que refresque la memoria.

Luis González-Carvajal Santabárbara

PIÑUEL Y ZABALA, Iñaki, *«Mobbing». Cómo sobrevivir al acoso psicológico en el trabajo,* Sal Terrae, Santander 2001, 312 pp.

¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Por qué mis compañeros han dejado de hablarme? ¿Por qué me relegan de mis responsabilidades? ¿Por qué me sobrecargan con trabajos imposibles de realizar? ¿Por qué? Sólo de pensar que tengo que ir al trabajo, se me pone un nudo en la garganta... No tengo apetito, duermo fatal, todo el día estoy nerviosa... ¡no puedo más!

Un 25% de la población laboral padece a lo largo de su vida profesional el acoso psicológico de sus compañeros de trabajo, jefes y subordinados. Repentinamente, y en un breve espacio de tiempo, de sentirse valiosos y eficaces pasan a sentirse incompetentes e indeseables. No entienden qué les está pasando; se sienten en un callejón sin salida; el deterioro es progresivo, y el sufrimiento devastador. Este tipo de violencia, llamada *mobbing,* al ser sutil, silenciosa y calculada, difícilmente se identifica, pasando desapercibida por las instituciones, por los profesionales de la salud y por las propias víctimas. De ahí la importancia y oportunidad de este libro.

Su autor, el psicólogo Iñaki Piñuel y Zabala, con un lenguaje claro, conciso y certero, nos ayuda a comprender y afrontar esta dolorosa experiencia. El libro está es-

tructurado en cuatro partes. Las dos primeras se centran en describir este tipo de violencia, así como el perfil psicológico de sus protagonistas: el acosador o acosadora y su víctima. Las dos siguientes las dedica a analizar qué podemos hacer cuando nos vemos en esta situación y qué recursos podemos desarrollar para evitarla. En estos capítulos nos ofrece distintas estrategias de autoayuda de gran valía para afrontar la difícil tarea de aprender a convivir con la impotencia y saber despedirse de ella. En palabras del autor, «En el fondo, la última aceptación emocional en el acoso puede significar entender que uno no tiene capacidad para evitar o eliminar los comportamientos de acoso (aunque sí para hacerles frente), ni tampoco para convertir o cambiar al "psicoterrorista" (pero sí protegerte de él). A veces la víctima sola, y de manera humilde y compasiva consigo misma, tan sólo puede minimizar los daños profesionales y personales que se le han ocasionado, cuidando con ternura de sí misma».

Este libro no sólo lo considero muy recomendable para aquellas personas, víctimas del *mobbing;* también se lo recomiendo a aquellas personas que estén viviendo una situación de descalificación, marginación y violencia en el ámbito familiar y relacional, como consecuencia de la envidia y los celos que suscitan en sus acosadores, personas acomplejadas y con un gran sentimiento de inferioridad que intentan ocultar agrediendo a personas con luz propia.

Ana García-Mina

BENNÀSSAR I VICENS, Bartomeu, *Procés al Turisme: Turisme de masses, inmigració, medi ambient i marginació a Mallorca (1960-2000)*, Lleonard Muntaner Editor, Palma de Mallorca 2001, 498 pp.

Bajo este sugerente título, nos encontramos con un estudio profundo y denso del fenómeno del turismo de masas en Mallorca. Fenómeno que ha cambiado de forma muy notable la realidad social, económica y religiosa de la sociedad insular. El Estudio recoge diversas colaboraciones del autor –desde 1960 hasta el día de hoy–, ya publicadas en distintas revistas, libros propios o en colaboración. La perspectiva de los diferentes estudios es teológico-pastoral, aunque no falta –en la mayoría de ellos– la visión sociológica y antropológica del tema.

El libro se divide en cinco partes, una presentación y un apéndice documental. Cada capítulo va precedido de una introducción realizada por un experto en el tema.

En la Presentación, el autor nos enmarca el porqué de este trabajo y el recorrido personal de investigación del fenómeno motivo de su es-

tudio: el Turismo y sus repercusiones en otros fenómenos colaterales: ecología, inmigración y marginación. Cabe señalar que B. Bennàssar trabajó el tema del turismo en su Tesis Doctoral, realizada en la Academia Alfonsiana de Roma y publicada por la Editorial Estela en 1966 con el título de «Turismo y Pastoral. Síntesis de teología para las vacaciones».

La primera parte, *«Turismo de masas»*, recoge diecisiete diversos estudios englobados en esta temática. Encontramos desde una síntesis teológica del turismo hasta las relaciones entre turismo y ética, pasando por el impacto social del turismo en la sociedad mallorquina.

En la segunda parte, *«Inmigración»*, el autor nos ofrece cinco estudios: dos de carácter social, y tres desde una perspectiva teológico-moral del que hoy se puede considerar como uno de los grandes retos de nuestra Iglesia. Estudios que no rehuyen las dificultades del tema y ofrecen pistas de reflexión y solución.

La tercera parte está dedicada al *«Medio Ambiente»*, y en ella se refleja la relación –no siempre fácil– entre el desarrollo turístico y sus repercusiones en el medio ambiente. Son ocho estudios, en los que se analiza principalmente la visión cristiana de la ecología y el mundo de los santuarios como «antenas permanentes de la Buena Noticia» (p. 324).

El último ámbito de estudio es la *«Marginación»*, y en él se nos ofrecen cinco artículos de reflexión teológico-pastoral sobre el mundo de la marginación. Marginación que, al igual que los otros apartados –inmigración y medio ambiente–, ha sido un efecto colateral del turismo de masas. En estos estudios la perspectiva es principalmente la realidad mallorquina.

Termina el libro con un Apéndice Documental en el que se recogen diversos documentos episcopales, de las Comisiones de Turismo (CEE, Mallorca), de sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos en el campo de la Hostelería.

Al ser una obra «recopilatoria», nos encontramos con dificultades por las diferencias de estilo, enfoques de los temas, diferentes lectores a los que van dirigidos los estudios, cambio de idioma... De todas formas el que sea «recopilación» constituye también una gran riqueza, ya que en un solo libro el lector interesado encontrará una visión lúcida y evangélica de los temas que trata: turismo, inmigración, medio ambiente y marginación. Varios de los estudios están centrados en Mallorca, pero muy bien pueden hacerse extensivos a otros lugares o geografías.

Rafael Mas Tous

RATZINGER, Josef, *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2001, 256 pp.

Al igual que, en 1918, la publicación del libro de R. Guardini «Sobre el espíritu de la liturgia» supuso una llamada a la renovación de la liturgia, así también, salvando las distancias, el cardenal Ratzinger ve la necesidad de recuperar aquel espíritu, ya que, según él, el espíritu de la liturgia actual está enfermo, tanto por el desacierto de determinadas reconstrucciones o restauraciones como por la masa de los fieles a los que sigue sin llegar. De ahí nace el impulso de escribir este libro, cuyo objetivo principal es contribuir a una comprensión de la fe y a su adecuada celebración en la liturgia.

Ratzinger se centra en comprender y discernir lo que es constitutivamente cristiano; por ello va a unir de manera irrenunciable el espíritu de la liturgia con la esencia del cristianismo. Es ahí donde hay que hacer hincapié; no en problemas de adaptación pastoral, que, por otro lado, son legítimos, sino en conseguir abrir al hombre al Misterio y descubrirlo como lugar sagrado donde poder habitar.

Ratzinger expresa el deseo de que los lectores puedan participar de forma más profunda en las celebraciones litúrgicas; sólo esta participación plena, consciente y activa puede hacer comprender realmente una acción en la que la Iglesia vive su propio misterio: una comunidad humana, a partir de la cual la Palabra viviente y eficaz de Dios, que se expresa en los ritos sacramentales, forma el cuerpo místico de Cristo.

La obra está dividida en cuatro partes. La primera la dedica el autor a la comprensión de la esencia de la liturgia, donde vida, historia y palabra bíblica son su núcleo esencial. En la segunda parte desarrolla el tema del espacio y el tiempo en la liturgia, porque, debido al carácter escatológico de nuestra fe, todavía no ha llegado la nueva Jerusalén en la que no se necesita templo, aunque, por supuesto, la liturgia siempre nos remita de nuevo a nuestra vida diaria. En la tercera parte elabora una reflexión sobre la importancia del arte de las imágenes y de la música en la liturgia, que tanto peso tienen en la religión cristiana y que, como gustaba citar el liturgista Andronikov, «el coro de una iglesia es una cátedra de teología». En la cuarta y última parte desarrolla la forma litúrgica en sus componentes de rito, tratando de recuperar una visión positiva bajo la carga peyorativa que tiene esta palabra en nuestros días, y la de cuerpo, donde toca los temas de participación activa, posturas, gestos, ornamentos, voz humana y materia.

Hay que destacar la excelente introducción a la edición española que realiza González de Cardedal, donde esboza en pocas líneas el recorrido de la teología litúrgica desde la aparición del citado libro

de Guardini. Nos hace una magnífica introducción a la obra de Ratzinger sobre la liturgia y, por último, desarrolla una breve reflexión sobre el problema fundamental de la liturgia en nuestros días.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

PACOT, Simone, *Evangelizar lo profundo del corazón. Aceptar los límites y curar las heridas*, Narcea, Madrid 2001, 212 pp.

Resulta un síntoma claro para nuestra sociedad la abundancia de libros que se publican sobre la sanación psico-espiritual. Unos reducen lo religioso a lo psicológico; otros mezclan las dos dimensiones sin una metodología clara; y algunos tratan de convertir lo religioso en una terapia más.

El libro que se nos presenta no puede catalogarse en ninguno de los clichés anteriores, pues comienza por dejar bien clara la existencia de los dos planos, sin reducir el uno al otro, pero afirmando al mismo tiempo que se pueden enriquecer mutuamente. Ésa es la experiencia de la autora de este libro, una abogada comprometida con su fe, que parte de la experiencia propia de cómo la dimensión psicológica debe abrirse a la espiritual. Ejemplo de ello es cómo, tras una experiencia terapéutica en la que descubre falsas culpabilidades y destructivas concepciones sobre el sufrimiento y el dolor, lo abre a lo espiritual y cae en la cuenta de que Dios tampoco está de acuerdo con dicha imagen, con lo que se purifica su imagen de Dios: «Es necesario tomar conciencia de las nociones de Dios falsas, señalarlas, mirarlas en el Espíritu y ver a partir de qué heridas han podido aparecer; tomar conciencia de la distancia que existe entre lo que afirmamos creer y lo que creemos realmente en el fondo de nosotros mismos» (p. 44).

Fruto de su experiencia personal, es por lo que comienza a trabajar y dirigir grupos de sesiones sobre evangelización de las profundidades con el equipo francés de la asociación Bethasda.

El esquema que desarrolla en el libro está dividido en cuatro partes. Una primera, donde trata de la apertura de la totalidad de nuestro ser al Espíritu. Dicha apertura se realiza al amor todopoderoso de Dios, no a la mal entendida omnipotencia de Dios. La autora no es ajena a que la apertura es difícil y conlleva obstáculos, que los centra en el miedo de Dios; pero con la ayuda de la gracia, la escucha de la palabra y las señales en el camino, podemos abrir nuestra puerta. En la segunda parte se centra en nuestras heridas, especialmente en aquellas que no han sido bien curadas y siguen influyendo negativamente en nuestro presente; por ello, resulta decisivo, a la luz de la palabra, realizar un análisis del pasado reprimido e inconsciente que nos permita ir reconciliándonos. En la tercera parte, en conexión con las anteriores, trata de cómo Dios nos

restaura adentrándonos en cómo comprender su voluntad y acogerle en el acto de fe. Por último, dedica un capítulo al perdón, algo fundamental que debemos acoger y dar, para cumplir con el objetivo propuesto por la autora: evangelizar lo profundo del corazón captando los límites y curando las heridas; y todo ello basado en una fe viva que parte de la palabra, de la presencia de Dios.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

GARCÍA SAN EMETERIO, Salvador A., *El acompañamiento. Un ministerio de ayuda*, Paulinas, Madrid, 2001, 144 pp.

Vivimos tiempos desordenados en casi todos las dimensiones de la persona. Los cambios que se están produciendo en esta nueva época de la humanidad nos hacen inquietarnos, sufrir y hasta caer en la desesperación. Necesitamos reconocer que solos no podemos continuar; que es necesario acudir a personas que, sin saber mucho más que nosotros, nos ayuden al difícil arte de caminar por esta vida.

Se ha hablado en el pasado de dirección y director espiritual; ahora, de acompañamiento espiritual y también, simplemente, de acompañamiento. El presente libro es un material de apoyo para todos aquellos que están al lado de los jóvenes y desean entablar una relación de ayuda, un acompañamiento de las dimensiones del joven, tanto en el lado de la relación con Dios como en su relación consigo mismo y con los demás.

El autor, sacerdote diocesano, escribe como consiliario y formador del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica, y a ellos está destinado este material. Aun así, puede ser de gran ayuda para todos los que se aventuran en el trabajo del acompañamiento.

Es un material para orar, poner en práctica, compartir y contrastar con otros, como nos dice el propio autor. Se divide en tres grandes bloques, siguiendo la metodología de la «revisión de vida» del Movimiento: *Ver*, es decir, un repaso histórico sobre qué es el acompañamiento y en qué consiste, tanto en lo personal como en el acompañamiento de grupos. *Juzgar*, un sencillo apoyo bíblico sobre este tema, haciendo hincapié en el ministerio de acompañar de Jesús. Y *Actuar*, claves prácticas, pistas y medios para ejercer el acompañamiento en sus diferentes dimensiones personal y comunitaria, espiritual y comprometida.

Quien busque un libro práctico y sencillo para trabajar con grupos de formadores de jóvenes y sin ánimo de muchas profundizaciones, entonces este libro puede ser ideal.

Javier Ruiz-Séiquer, SJ

ALCALDE, Antonio, *El Canto de la Misa. De una «liturgia con cantos» a una «liturgia cantada»*, Sal Terrae, Santander 2001, 200 pp.

El autor se plantea si, en la actualidad, los cantos de la misa nos ayudan a celebrar mejor o distorsionan y dificultan la propia celebración, ya que habitualmente los cantos de la misa se centran en la procesión de entrada, ofertorio, comunión... y se descuidan otros textos de la liturgia que también pueden ser cantados (aclamaciones, prefacio, doxología...). El elocuente subtítulo del libro, «De una "liturgia con cantos" a una "liturgia cantada"», resume gráficamente la idea central del libro, y es que quizá debemos recordar la tradición bíblica, donde el canto es oración por excelencia y donde, gracias a la melodía musical, la «Palabra cantada» llega a ser expresión más viva, profunda e interiorizada de la fe. Eso deberíamos buscar también en la celebración de la misa, donde el canto no debe ser un añadido, sino un ministerio que tiene su propia función.

El libro consta de dos partes. La primera hace un recorrido, en siete capítulos, sobre la liturgia de cada parte de la misa y las características que deben tener los cantos de estos textos. Me parece destacable el hincapié que hace sobre los dos cantos por excelencia, el «Salmo Responsorial», en la mesa de la Palabra, y el «Santo», en la mesa de la Eucaristía. El autor dice que con estos dos cantos y poco más ya podríamos hablar de *celebración cantada.*

Alcalde señala con acierto los fallos frecuentes que solemos cometer en las celebraciones: el protagonismo de los coros, que en ocasiones roban participación a la asamblea; caer en el popularismo, donde todo vale con tal de que sea fácil para la gente, aun a costa de perder contenido litúrgico; composiciones musicales que no ayudan a la interiorización del Misterio que celebramos; etc. Si nos damos cuenta de los fallos, estaremos dando el primer paso para poder subsanarlos. Cada capítulo termina con unas breves notas para la reflexión y el diálogo.

La segunda parte consta de dos apéndices: uno con textos para la reflexión, y otro de análisis musical, litúrgico y catequético de diversos cantos, la mayoría de entrada y comunión. En mi opinión, habría sido deseable que este análisis se hubiera completado con otros cantos de la misa que están más en desuso, precisamente para emplearlos de nuevo con más acierto.

En resumen, este libro puede considerarse un manual práctico para los equipos litúrgicos, coros, etc., que ayuda a mejorar la calidad de nuestras celebraciones, sin que ello signifique, claro está, que para ganar en calidad tengamos que hacerlas aburridas. Aunque no aporta muchas novedades con res-

pecto a los libros anteriores del propio autor, como es ameno y de fácil lectura, yo lo recomendaría a cualquier persona que desee profundizar sobre la liturgia para vivirla mejor.

Rosa María de Miguel Ortega

URÍBARRI BILBAO, Gabino, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada,* DDB, Bilbao 2001, 448 pp.

Este magnífico libro está llamado a no ser «otro libro más» dentro de los muchos publicados en estos últimos años sobre la vida religiosa. Hay en él algo que se sale del esquema habitual de comenzar con brillantes diagnósticos, detectar los males de la vida consagrada y proponer soluciones, casi siempre idealistas o voluntaristas. Éste es distinto. La certera descripción de la situación actual de la vida consagrada, de la que también parte, le lleva a ahondar en el ser de ella, de manera que no cae en proponer a la vida consagrada nuevas cargas, otro *deber ser,* otro *tenemos que;* simplemente, le cuenta lo que *es.*

Pocas personas están mejor situadas que Gabino Uríbarri para afrontar con éxito la tarea de un libro como éste. En primer lugar, su conocimiento del estado actual de la vida religiosa es privilegiado: aparte de lo que ya muestran las abundantes y variadas notas a pie de página de la obra, dicho conocimiento viene avalado por su larga formación en varios países (España, Alemania, Francia, Estados Unidos y Venezuela), su ya larga experiencia como superior de jesuitas jóvenes en formación, y su asidua participación en foros, nacionales e internacionales, sobre vocaciones, formación y vida religiosa. Este amplio conocimiento del estado actual de la vida religiosa se transparenta en la frescura y vivacidad de los ejemplos, la precisión en los diagnósticos y la capacidad de captar, tanto a vuelo de pájaro como desde la experiencia cotidiana, los desafíos a los que hoy hace frente la vida religiosa.

En segundo lugar, por profesión es teólogo, y de los de raza. Aquí me parece encontrar la causa, dentro de sus muchos aciertos, del mayor de este libro: el Autor sitúa la raíz del problema en «la actual crisis en la comprensión teológica de lo que la vida consagrada *es* y de la antropología teológica que la sustenta» (p. 47). La parte central de la obra intenta comprender lo que la vida consagrada *es,* buscando *la identidad teológica de la vida religiosa.* Esto permite romper con lo que él llama la situación «re»: *re-novar, re-hacer, re-inventar, re-fundar,* etc., en la que la vida consagrada lleva sumida cuarenta años y en la que puede seguir varias décadas más si no descubrimos el meollo teológico del problema, lo

que hay que re-novar o re-inventar. Viniendo el Autor de la teología pura y dura, es muy de agradecer la claridad expositiva, la sencillez en el lenguaje y la fuerza narrativa de la obra, que despierta y mantiene el interés del lector, haciendo su lectura muy fácil y amena.

En tercer lugar, me parece adivinar un sesgo interesante a la obra, debido a los temas más cultivados por el Autor dentro de la teología. Por una parte, sus libros y sus numerosos artículos en temas relacionados con la teología de los primeros siglos de cristianismo dan prueba de un profundo conocimiento de la teología y de las discusiones de la Iglesia primitiva acerca de las formas de relación de la Iglesia con la filosofía y con el mundo. Esto le da perspectiva para comprender que, según los momentos históricos, unas formas son mejores que otras. De ahí sus críticas al «modelo liberal de vida consagrada», a su «invisibilidad» pública, a su «deseo de ser normales», a su «profesionalización», su «individualismo», su «búsqueda de autorrealización», su «pérdida de sentido de cuerpo», su «reducción de prácticas de piedad», sus comunidades sin conflictos y de «pactos a la baja» y, sobre todo, su incapacidad para «sumergirse en una forma de vida consagrada que exprese con rotundidad su raíz teologal».

El fuerte subrayado del carácter público de la identidad teologal de la vida consagrada encuentra parentesco en otra de las afinidades teológicas del Autor. Me refiero a la teología de Erik Peterson, de cuya obra es buen conocedor, como lo muestran algunos de sus artículos y el prólogo a *El monoteísmo como problema político* (Trotta, 1999). Peterson es uno de los grandes teólogos del siglo XX. Probablemente, el que más énfasis ha puesto en el carácter público de la fe en el siglo que –con bastante éxito, hay que reconocerlo– ha intentado reducir la fe cristiana a la sacristía y a la vida privada. Portar las marcas del Señor Jesús es «constituirse como signo público y elocuente de configuración con Cristo» (p. 197). De ahí el subrayado del *poder de significar*, poder de crear contextos, de abrir nuevos horizontes... La vida consagrada es un signo con un poder de significar propio; no es perfecta, pero es portadora de un don que embellece a la Iglesia; es «un regalo de la Trinidad a la Iglesia y a la humanidad, que representa la misma forma de vida de Jesús, en la Iglesia y para la Iglesia, para sanar las enfermedades de la cultura, desde una articulación corporativa y visible» (p. 426).

La honestidad y objetividad, sin concesiones a la galería, con que está escrito este libro le puede costar ser malentendido en uno de sus aspectos más novedosos. Me refiero al argumento del capítulo décimo, enunciado en el segundo, donde muestra –me parece ahora que de manera convincente, palmaria e irrebatible–, con los textos del Concilio Vaticano II en la mano, que en el Concilio la Iglesia, además de revolucionar la teología anterior de los estados, reconoce en

la vida consagrada, como hacía en el martirio, una *forma superior de santidad objetiva* (p. 215). Este *plus* de la vida consagrada se refiere a lo que la forma de vida en cuanto tal expresa, sin prejuzgar en nada la *santidad subjetiva* de cada persona que se sitúa en el terreno del amor y de la respuesta al Señor. Asumiendo el incuestionable avance conciliar hacia una mayor igualdad en la Iglesia, que acaba con la minoría de edad de los laicos, el Autor tiene el acierto y la valentía de desmontar el igualitarismo empobrecedor con que estábamos interpretando el Concilio. No es un desmontaje ingenuo o nostálgico del pasado. Hablar de identidad es hablar de diferencias. En la eclesiología implícita en esta obra es posible y deseable subrayar las diferencias en la Iglesia sin generar desigualdades; o, dicho de otro modo, se puede y se debe afirmar lo específico de cada vocación sin necesidad de empequeñecer otras vocaciones.

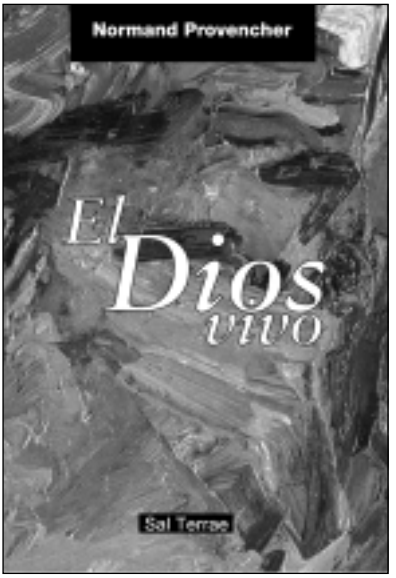
En resumen, un libro sin prejuicios, claro, valiente, profundo y espiritual, que aporta esperanza a la vida consagrada y a la Iglesia. Un libro que no aporta nuevos imperativos, sino que suscita el deseo de vivir día a día, en indicativo, la belleza de la vida consagrada; de conformarse plena, total y exclusivamente como *memoria viva de Jesús;* de portar sus marcas y de actualizar, recordar y hacer presentes públicamente, a través de los votos, tres rasgos concretos, existenciales y totalizantes de la vida de Jesús. Un libro que anima a la vida consagrada a ser lo que es.

Juan A. Guerrero, SJ

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Escribir sobre Dios es un ambicioso proyecto. ¿Quién es Dios? Los cristianos y cristianas, encontramos la respuesta a esta pregunta mirando y escuchando a Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Él nos hace conocer al Espíritu Santo y nos revela el rostro del Padre. Y es que la Trinidad no es una doctrina reservada a los especialistas. Este misterio, que nunca he-mos acabado de hacer nuestro, re-presenta una inspiración para nuestras comunidades cristianas y para todos y cada uno de nosotros.

He aquí un libro digno de ser leído, escrito por uno de los teólogos más importantes de Canadá, el cual presenta una síntesis fluida, a la vez que rigurosa, de la teología contemporánea sobre Dios. Cualquier lector podrá descubrir en él el modo de iluminar la comprensión de la fe cristiana, en un proceso abiertamente espiritual.

216 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 11,50** €